A LA LUZ

DE UNA

LAMPARA

COLECCION DE CUENTOS MORALES

POR

MARIA DEL PILAR SINUES

Obra comprendida en la lista
de libros de lectura para las escuelas elementales
de Madrid por Real órden de 30 de Octub e
de 1863.

Edicion del "Diario del Hogar."

MEXICO

TIPOGRAFIA LITERARIA
San Andrès y Betlemitas 8 y 9.
1885

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

INDICE.

	Páginas.
Introduccion	3
El vestido de baile	13
Las dos amigas	34
El carpintero	53
Los premios	73
La presumida	96
Los dos rosales	115

BIBLIOTECA NACIONAL.
MEXICO.

INTRODUCCION.

I.

Una de las noches del invierno que espira, hallándome yo en casa de la señora condesa de R... anunció ésta á sus amigos un baile para niños.

Casi todas las señoras presentes eran madres; la Condesa tiene tambien dos bellísimas niñas, de ocho y diez años de edad, y un niño de once; y como para las madres es en extremo agradable todo lo que toca al bienestar ò á la diversion de sus hijos, el anuncio del baile fué hecho y recibido con la más grande satisfaccion.

Todas aplaudieron el pensamiento de la condesa, y le dieron gracias por su galantería para con este pequeño mundo sonrosado y alegre que se llama infancia.

Fijóse el dia de la fiesta para el lúnes próximo, y en seguida se pasó á hablar del atavío de los convidados.

—Yo, dijo la condesa, soy de opinion de que el baile sea de etiqueta, y no de trajes; así los ni-

ños tomarán una idea de las maneras que se usan en la buena sociedad, y se evita la incomodidad de pensar en los disfraces.

—Está bien, amiga mia, repuso la baronesa de O..... pero yo no creo posible que los niños vistan de etiqueta.

—¿Por qué razon, amiga mia?

—Las niñas, pase; pero, querida condesa, ¿vamos á vestir à los niños de frac y corbata blanca?

—Es verdad, observó la señora de W..... eso no es posible, sobre todo tratándose de niños, como los mios, que cuentan cinco y siete años.

—Hé aquì lo que yo he pensado, dijo la condesa, cuya viva imaginacion estaba muy en armonía con su espiritual semblante; el traje de los niños desde el más chiquito hasta el mayor, que no podia pasar de doce años, se compondrá de lo siguiente: chaqueta inglesa y pantalon de paño negro sedan, media negra de seda calada, zapato bajo de charol con hebilla de oro, camisa de batista, corbata y guantes blancos, y gorra á la rusa de fieltro negro, que tendràn bajo el brazo, ni más ni ménos que un caballero tiene su sombrero en un baile de etiqueta; éste es el programa invariable para los convidados; las convidadas vestirán de tul, gasa ó crespon, segun el gusto y capricho de sus madres, pues es sabido que en los grandes bailes, si los caballeros tienen que sujetarse con rigor á un solo modelo, en cambio las damas pueden entregarse á todas las variantes de la veleidosa imaginacion.

—¡Bien! ¡muy bien pensado!—exclamaron en coro todas las madres.

—Vestiré á mi rubia Sofía de crespon azul, dijo una, en cuyo semblante brillaba la alegría y el orgullo.

—Y yo de tul blanco á mi morena Cármen, observó otra, y adornaré su cabello negro con una diadema de bellotitas.

—Señoras—dijo la condesa—advierto á ustedes que no admito otros convidados de doce años para arriba, que las madres y los padres de los càndidos bailarines: la fiesta empezará á las ocho: á las diez se abrirá el comedor, donde habrá dispuesta una abundante cena, y concluida, se volverá á bailar hasta las doce que terminará la funcion.

—Adios, pues, condesa—dijo una señora levantándose:—todo el tiempo me parece corto para arreglar á mis niños: ya sabe usted que tengo cuatro.

Las demás señoras siguieron el ejemplo de aquella, levantándose tambien, y se despidieron de la condesa, deseando que llegase el dia siguiente para dar principio á los preparativos del baile.

II

Todas las noches de aquella semana—pues el anuncio del baile tuvo lugar en lúnes—fuí yo á casa de la condesa: dos modistas y las dos doncellas de la casa se hallaban ocupadas en los trajes de las niñas: contaban éstas, como ya he dicho, diez años la mayor y la menor ocho, y eran bellas y graciosas como dos ángeles: Luisa, la mayor, era grave, modesta y dulce. Elena, la más pequeña, alegre como un dia de Mayo, y ambas

veian con placer còmo adelantaban sus trajes, en tanto que estudiaban sus lecciones para dar gusto á su mamá.

En la velada del viérnes anunciaron á la señora de P.... y la condesa dió órden de que pasase al cuarto de labor.

La señora de P....era una dama de fisonomía dulce y triste á la vez, y yo observè que, al mirar los trajes que ya concluian las modistas, se llenaban sus ojos de lágrimas.

—¿Ha recibido usted hoy una esquela de convite para sus niños? le preguntó la condesa.

—Sí, señora, respondió la señora de P..... reprimiendo un suspiro.

—¿Supongo que vendrán al baile?

—No sé.... Julia está algo enferma, contestó la señora de P.... con vacilacion.

—No admitò excusas, repuso jovialmente la condesa.

La señora de P.... cuya afliccion parecia crecer, cambió bruscamente la conversacion y se puso á hablar conmigo.

Ya hacia tiempo que yo la trataba y adiviné la causa de su pena; un pleito muy largo acababa de arruinarla, cuando aún lloraba la pérdida de su esposo, muerto dos años hacia.

Comprendí que su actual pobreza no le permitia hacer para sus tres niñas y dos niños los gastos que exigia aquella fiesta infantil, y que habia ido à ver á la condesa para darle una excusa, que sus labios no se atrevian á formular.

¡Ay, niños mios! ¡Es tan amargo algunas ve

ces confesar el infortunio para las almas delicadas y nobles!

Despues de media hora de visita, la señora de P. . . . se levantó para retirarse, y yo me acerquè á ella.

—Iré á ver á usted el lúnes por la noche—le dije á media voz—y harémos por divertir á los niños.

—¡Gracias, amiga mia!—me respondió estrechándome la mano.

Despues se despidió de la condesa, y salió más pálida y triste que cuando habia entrado.

—Las tres niñas de esta señora que se ha ido, lloraban hoy en el colegio porque decian que su mamá no las dejaria venir al baile—observó Luisa, la hija mayor de la condesa.

Esta no puso atencion en las palabras de la niña; pero yo sentí una lágrima en mis ojos al pensar en la amargura de la señora de P. . . . y en el dolor de sus hijas.

III

A las siete de la noche del lùnes entraba yo en casa de la señora de P. . . .

Desde la escalera oí gemidos y sollozos de los niños, y la suave voz de su madre que les consolaba.

Aquella familia, dueña poco tiempo ántes de una pingüe fortuna, habia habitado siempre una soberbia casa en una de las más hermosas calles de Madrid; ahora vivia en un cuarto tercero muy modesto en una solitaria travesía.

Entré en la estancia en que se hallaba la se-

ñora de P....., alumbrada á la sazon sólo con una vela, y ví un espectáculo que me conmovió profundamente.

En un sofá, y cada una sentada en un extremo, estaban Enriqueta y Magdalena, niñas de nueve y siete años, é hijas de la señora de P.... Ambas ocultaban su lindo rostro en uno de los brazos del sofá y lloraban amargamente.

Julia, la mayor, que contaba diez, se apoyaba en el hombro de su madre y lanzaba de vez en cuando un hondo gemido, miéntras Cárlos y Antonio, de seis años el primero y de cinco el segundo, gritaban y lloraban con enojo.

—Vamos á ver si se admite una proposicion mia—dijo la cariñosa madre, dominando el tumulto.—Dios, hijos mios, nos ha dejado pobres, y no hemos podido hacer los gastos que el baile exigia: hay que tener paciencia y conformarnos con su santa voluntad; pero ¿no os gustaria que yo os contase un cuento, ó mejor dicho, una historia, miéntras los demás amiguitos vuestros están en la fiesta?

Estancáronse como por encanto las lágrimas, y la buena madre prosiguió:

—Julia, enciende la lámpara de globo blanco, que da aquella luz tan apacible; pónla en el velador y sentaos todos en derredor de él con nuestra amiga; cenarémos á las diez, como los señores convidados—añadió con una santa sonrisa, á traves de la cual brilló en sus ojos una lágrima—y tendréis natillas para postre: vamos, hijos mios, es cuanto puedo hacer por vosotros.

—¡Ah, sí, sí, mamá mia!—exclamaron las tres

niñas, arrojándose al cuello de su madre llenas de gratitud, miéntras los pequeñuelos las imitaban y pugnaban por subirse á su falda. —Sí, mamá, ya no llorarémos más.

—Aquí está la lámpara—dijo Julio—poniéndola sobre un gran velador redondo.

—Pues á sentarse miéntras yo doy á Catalina algunas disposiciones para la cena.

—¡Oh! amiga mia, cuánto la admiro á usted!—exclamé yo estrechando la mano á la señora de P.—¡Qué madre tan santa, tan amorosa! ¡Ah! sus hijos la recompensarán!

—Así lo espero, repuso la señora de P.—Mi buena madre me educó del mismo modo. Yo la amaba mucho y no pasa dia en que no la bendiga por haberme enseñado á soportar la adversidad; ¿pero usted querrá oir mi cuento? el deseo de consolar á mis hijos me hará quizá abusar de la paciencia de usted.

—Deseo oirle tanto como ellos.

—Pues vuelvo y empezaré; coloque usted à los niños.

Desapareció la señora de P. é hice sentar á sus hijos en torno de la mesa; luégo dejé vagar mis miradas por aquella habitacion tan modesta y humilde, pero tan aseada y encantadora.

Era el cuarto de la madre, y en la alcoba y à los dos lados de la suya estaban las camitas de los dos niños: Julia, Enriqueta y Magdalena ocupaban un gabinete inmediato.

Una mesa con tocador, un armario grande y una sillería de poco precio componian el mueblaje; un hermoso cuadro de la Asuncion de la

Vírgen presidia, y la risueña imágen parecía sonreir á los niños y alegrarles con su compañía.

Poco despues de haber salido, volvió á entrar la señora de P., ocupó su asiento, que era el de preferencia, y á la suave luz de la làmpara, dió principio á su cuento.

Advertí en los semblantes de los niños que la tristeza no habia abandonado sus corazones y que su resignacion era algo forzada; su madre lo advirtió tambien; pero á medida que la narracion iba adelantando, las frentes se despejaban y la animacion volvia á los ojos; no era extraño, porque era una de esas historias frescas y graciosas que se graban en el alma de los niños.

Cuando se terminó, todos pidieron otro cuento con gran instancia, y yo uní mis ruegos á los de los oyentes.

—Mañana—dijo la madre—mañana os contaré otro, ó más bien, si quereis, os contaré uno cada dia de la semana hasta llegar el domingo. Pero ahora vamos á cenar y à dormir, porque es tarde.

La buena madre cumplió su promesa: cada noche refirió un cuento á sus hijos; yo formé parte del auditorio, y os los ofrezco, mis queridos niños, reunidos en este libro.

Supe despues que el baile de la condesa estuvo brillantísimo; que los concurrentes fueron modelo de compostura y de gracia; que en él se lucieron trajes magníficos; pero los niños de la señora de P. me decian algunos dias despues de haber tenido lugar tan notable fiesta:

—No hubiéramos disfrutado tanto en el bai-

le, como con los cuentos de mamá: aquel pasó, dejando el cansancio al cuerpo, y estos han dejado buenos ejemplos y dulces consejos en el alma.

FIN DE LA INTRODUCCION.

EB VESTIDO DE BAILE.

—¡Oh, qué noche, qué noche vamos á pasar dentro de diez dias!—exclamaba Lola dirigiéndose á sus hermanos Juanito y Eugenia.—¡Cuánto deseo que llegue, Dios mio! ¡Cuánto deseo que llegue!

—Y yo tambien—repuso Eugenia batiendo palmas y dando saltos de alegría:—deseo muchísimo que llegue, para disfrutar del delicioso espectáculo que van á ofrecernos los Condes de Villaclara.

—¡Bah! ¡bah! esas cosas siempre se ponderan más de lo que son—dijo Juanito con toda la gravedad de sus once años.

—¡Pues yo no sé qué se pueda ponderar aquí que luégo no hayamos de ver realizado!—observó Lola un tanto amostazada.

—Està claro—añadió Eugenia:—¿no ha visto papá cómo estaban poniendo ayer los faroles de colores en los jardines? ¿No ha visto los peces en las fuentes? ¿No ha visto las mesas para la cena debajo de los emparrados? ¡Pues me parece que ya no hay que dudar!

—Es que Juanito duda todo.

—Peor para él.

—Sois unas necias charlatanas—dijo el niño;—yo os digo que, aunque papá las hayas visto, nos parecerán á nosotros muy inferiores á los elogios que ahora nos hacen.

—¡Tú, por echarla de hombre, no sabes que hacer—dijo Lola, que tenia nueve años y era gemela de Eugenia;—pero aquí viene Enriqueta, y verémos cuál es su parecer.

Enriqueta tenia un año más que Lola y Eugenia, y uno ménos que Juanito; es decir, que tenia diez, y su exterior llamaba mucho la atencion más que por su belleza expresiva y graciosa, porque reflejaba un alma llena de ternura y sensibilidad.

Era blanca y rosada, con largos y espesos cabellos castaños, y ojos muy grandes y muy dulces, de color pardo; su frente era ancha y despejada, descubriendo una inteligencia poco comun y gran nobleza de instinto y de pensamientos; su

boca era bonita, aunque algo triste, porque Enriqueta, como todas las niñas que sienten mucho, no era alegre: preferia un buen libro á correr y saltar con el aro y el cordon de seda, y su mayor placer consistía en aliviar con limosnas á los desgraciados.

Sus hermanas, que tambien tenian muy buena índole, eran más vanas, más petulantes que ella, y mucho ménos dulce y modestas.

—Ven á darnos tu parecer, hermana—dijo Juanito, que amaba mucho á Enriqueta.

—De qué se trata?—preguntó esta.

—Se trata de que estas dos tontas creen que van á ver un país de encantadoras en los jardines de los Condes de Villaclara.

—Muy hermosos dicen que están—contestò Enriqueta, que, siempre prudente y modesta, no queria contradecir á sus hermanas ni disgustar á su hermano.

—Sí, sí, hermosos, no lo dudo; pero no pienso sorprenderme con tal espectáculo.

—Pues yo sí—dijo Lola;—y no veo la hora de ponerme mi traje de maja.

—Tambien yo deseo saber cómo está el mio de caballero de la corte de Felipe IV.

—Y yo el mio de pastora suiza—añadió Eugenia.

—A Enriqueta le han enseñado esta mañana modelos y figurines, y ha elegido el traje de Isabel de Valois, aquella reina rubia y bonita que, segun dicen, fué tan desgraciada.

—Ya lo sé—repuso Eugenia, á quien su hermano dirigió las anteriores palabras;—y mamá

dice que Enriqueta estará preciosa con él, y que ha tenido mucho talento para elegirle.

—Sí—dijo Lola.—Segun mamá, Enriqueta tiene talento para todo, al paso que ánosotras no nos le encuentra para nada.

Estas palabras, dichas con armagura, hicieron una dolorosa impresion en Enriqueta, que miró con tristeza á su hermana.

—Callad, que viene vuestra aya—Dijo Juanito viendo á doña Matea, exelente señora que cuidaba de la educacion de las niñas.

Aquella se acercó á estas, y à la primera mirada conoció los amagos de la tormenta que se agitaba entre las tres hermanas.

—Señoritas, vamos á dar un paseo—dijo con cariñoso acento;—su señora madre quiere que salgamos á tomar el aire libre, y Francisco nos llevará una buena merienda en una cesta. Juanito saldrá con su preceptor, y luégo se nos reunirán ambos, para participar de la merienda en el Cerrillo de San Blas.

Dichas estas palabras, el aya tomó de manos de una camarera, que la habia seguido tres sombreros de paja redondos y elegantes, y cubrió con ellos los hermosos rizos de las tres hermanitas.

Poco despues se dirigian al paseo de Atocha doña Matea y las niñas, cada una armada de su sombrilla, pues han de saber mis lectores que el dia en que esto tenia lugar era uno de los primeros del mes de Julio.

Detrás de las cuatro iba un corpulento lacayo con una cesta grande de tapas, colgada al brazo, de la cual se exalaba un delicioso olor.

Las niñas hablaban poco, sobre todo las dos más pequeñas, pues su imaginacion estaba enteramente absorta pensando en el baile de verano que en la noche del 15 de aquel mes daban en sus jardines los Condes de Villaclara à los niños de sus numerosos amigos.

Los Condes no tenian hijos, pero vivian en su compañía, y á su cuidado, una sobrinita de ocho años, niña encantadora por sus gracias y su bello carácter.

Esta amable criatura debia hacer los honores á todos los convidados, vistiendo el suntuoso traje de Mme. de Sevigné, la amorosa madre, la gran escritora, la virtuosa y ejemplar mujer que tanta gloria ha dado á la Francia.

Los Condes que querian la fiesta fuese deslumbradora, y que tuviese lugar en sus jardines, á causa de lo caluroso de la estacion.

Al efecto se habian preparado dos grandes salones con estatuas y arcos de verdor y flores, uno para el baile y otro para la cena: el alumbrado debia ser á la veneciana, la orquesta magnífica; en fin, los Condes de Villaclara deseaban que aquella fiesta infantil sobrepujase á cuanto hasta el dia se habia visto en Madrid en su género.

Todo esto, que oian repetir á cuantas personas veian sobraba para preocupar á las niñas; así es que hablaban muy poco, embebecidas en sus reflexiones.

Eran ya cerca de las siete de la tarde cuando llegaron al Cerrillo de San Blas, uno de los puntos de vista más agradables que ofrece Madrid, al calor sofocante del dia habia sucedido un am-

biante fresco y consolador; embalsamado por el perfume de las mil florecillas campestres y por el ramaje de los árboles. Francisco abriò la gran cesta, y de su vientre salió primero un blanco mantel, luego aparecieron dos sabrosas tortillas, algunos pasteles, dulces, frutas, y por último, una botella de exquisito vino y otra de agua.

Cada uno ocupó su sitio, y las niñas se des pojaron de sus sombreros y de sus guantes para merendar con màs comodidad, culpando á Juanito y á su preceptor porque tardaban en llegar

Por fin, se les vió asomar por una senda de travesía, y tomaron sus sitios en derredor de la mesa.

Mas apenas el preceptor habia empezado á partir las tortillas, para cervir á cada uno su racion, se distrajó de un modo bien triste la atencion de sus comensales.

Un anciano venerable, con los cabellos blancos casi tullido, se acercó à la improvisada mesa, apoyándose penosamente en los brazos de un niño de diez años y de una niña de nueve, mientras detrás de ellos aparecian otros cuatro de menos edad.

Dos, sobre todo, eran tan pequeños, que podia asegurarse ne habian cumplido los tres y los cuatro años.

El pobre viejo pidió con acento doliente y sumiso una limosna, empleando esa tierna fórmula de los cristianos: *¡Por el amor de Dios!*

—¡Jesus!—exclamó Lola á media voz;—¡si hemos de satisfacer el hambre de esos mendigos, hay que darles toda la merienda!

—¡Pues no son pocos!—murmuró á su vez Eugenia.

—Vamos á darles un pan y algunos pasteles, propuso Juanito.

—Tiene vd. razon, hijo mio,—murmuró el preceptor: y volviéndose al anciano, le dió un pan, y le dijo:

—Tome vd. buen hombre, y repártalo entre todos.

Luégo tomó cuatro pastelillos, se los dió tambien, y añadió.

—Estos para los chiquitines.

—¡Que Dios y su Santísima madre les recompense su caridad, mi buen señor, mis nobles señoritos!—exclamó con lágrimas de gratitud el pobre viejo; y al instante se alejó seguido de su prole, como si no hubiera querido molestar con su presencia.

—¡Pobre anciano!—dijó Enriqueta, por cuyas blancas mejillas corrian gruesas lágrimas.

—¡Eh! ¿ya empiezas á lloriquear?—observó Lola riéndose.

—¡Que quieres! ¡Me da pena el pensar en que nuestro papà será así de viejecito algun dia, y Dios, que todo lo puede, quizá le deje pobre.

—¡Qéu disparate!—exclamó Eugenia.—¡Papà es riquísimo!

—Yo he leido, hermana mia, que los hijos de un rey de Francia tuvieron que recoserse su viejos vestidos en una cárcel, donde los encerraron—dijo Enriqueta.

—Justo,—repuso Juanito:—los hijos de Luis XVI que murió en el cadalso: además, el Delfin

Luis XVII, que sólo tenia ocho años, fué puesto de aprendiz en casa de un zapatero, y se hinchó todo, y se murió afuerza de golpes que le daba su bárbaro maestro: ¿no es verdad, D. Venancio?

—Nada hay más cierto—respondió el preceptor— y alabo la buena memoria de vd.

—Ya veis—dijo Enriqueta que no cesaba de llorar:—mas es un rey que nuestro padre, por rico que sea. En todos los ancianos me duele mucho la miseria, porque me acuerdo de que lo serán un dia nuestros padres, luégo, mirando su parte de tortilla, añadió:

—Aya mia, si vd. me lo permite voy á darle mi merienda al viejecito

—Y tú que vas á merendar? = preguntó Lola.

—Una naranja

—¿Nada más?

—Nada más; si no, no tendria valor mi limosna: no es mucho mi corta privacion para aliviar á ese pobre anciano.

—¡Es vd. un ángel, hija mia!—dijo doña matea abrazando á Enriqueta; luego añadió dirigiendose al preceptor:

—Señor don Venancio, hágame vd. el favor de ponerme en una servilleta toda la merienda de esta niña.

Don Venancio puso la tortilla entre un pedazo de pan, dos pasteles, dos naranjas y algunos dulces, y luégo llenó una copa de vino.

= Ahí va su parte entera—dijo el buen señor;—y además estas dos moneditas de mi bolsillo.

Enriqueta misma cogió la servilleta á pesar de quererla llevar Francisco. Doña Matea tomó el vaso y las monedas, y ambas se dirigieron á donde estaba sentado el viejo rodeado de los niños y todos comiendo con voraz apetito el pan de la limosna.

—Buen hombre—dijo el aya—coma usted este pedazo de tortilla caliente y beba este vaso de vino, que le fortalecerá; es la merienda de esta amable niña, que se la cede á usted muy gustosa.

—¡Ah, mi buena señorita!—exclamó el anciano—tiene usted la cara de ángel y el alma tambien; pero si la voz de los ancianos llega al cielo, usted será muy dichosa, porque el viejo Anselmo rogará á Dios todos los dias por su felicidad.

—¿Son hijos de usted todos esos niños?—preguntó Doña Matea.

—No, señora—contestó el anciano—¡son mis nietos, hijos de mi hijo único, que murió hace un año y que no tienen más amparo que el que les ofrecen las almas caritativas!

—¿De modo, pobre anciano, que con nada cuenta usted en el mundo?—preguntó dolorosamente Enriqueta.

—Con nada, señorita.

—Yo haré por usted cuanto pueda—dijo la niña—y Dios y mis buenos padres me ayudarán.

—Ahora, señor Anselmo, tome usted estas monedas, que me han dado para usted, y quédese con Dios, pues nos esperan—dijo Doña Matea—pero ántes de marcharnos, le suplico nos dé

las señas de su habitacion, que yo apuntaré en mi cartera.

—Vivo en Chamberí—contestó el anciano—calle de Santa Feliciana, número 3, cuarto del patio.

—Pues hasta muy pronto, señor Anselmo.

Enriqueta dijo estas palabras fijando en los niños, agrupados en derredor suyo, una afectuosa mirada, y luégo se alejó con su aya, seguida de las bendiciones del anciano.

Cuando ambas volvieron al sitio de la merienda, todos habian concluido ya de comer; la benéfica niña, á pesar de que su hermano le habia guardado sus dulces, no quiso tomar más que su naranja, diciendo que no tenia mérito la caridad que no imponia alguna privacion.

Poco despues volvieron todos á casa, y su mamá, considerándoles cansados del paseo, les dijo que se acostaran.

—No es posible que Enriqueta se acueste sin tomar algun alimento, señora—observó el aya.

—¿Pues cómo? ¿No ha merendado?—preguntó la mamá:

—Sòlo ha comido una naranja.

Y acto continuo refiriò el aya el rasgo de caridad de la niña.

La mamá derramé, al oirlo, lágrimas de alegría, dando gracias á Dios por haberle concedido una hija tan buena; luégo añadió:

—Hàgala usted tomar chocolate, como ocurrencia de usted, Doña Matea, y no le diga que yo tengo noticia de lo que ha hecho; pero si mañana, como lo espero, acude á usted pidiéndol

algun socorro para ese anciano, entiéndase conmigo y no tema pedirme lo que haga falta.

En efecto, al dia siguiente, Enriqueta, que habia dormido mal toda la noche, esperó vestida á que despertase su aya, cuyo gabinete-dormitorio estaba dentro del que ocupaban las niñas; y así que la oyó toser, entró á saludarla y se sentó á la cabecera del lecho.

—Aya mia—le dijo con acento temeroso y dulce—toda la noche he estado dando vueltas á una cosa que voy á consultar á usted.

—Sepamos esa cosa—dijo el aya con sonrisa significativa.

—Pues es que he pensado rogarle que me dé usted la suma que tiene para pagar á la modista mi vestido de baile, á fin de emplearla en socorrer al anciano Anselmo.

—¿Sabe usted á cuánto asciende dicha suma?

—No, señora.

—Pues sube á dos mil reales; como que todos los galones del traje son de oro fino.

—¡Ah, tanto mejor!—exclamó Enriqueta:—no creí yo que valiese tanto; de ese modo se podrán socorrer esas pobres gentes.

—¿Y renuncia usted al baile?

—Con la mejor voluntad. ¿Acaso vale más una diversion, por grande que sea, que el placer de aliviar una desgracia?

—Pero usted se olvida de lo que es esa fiesta. Dicen que estará magnífica; ya sabe usted cuánto anhelan sus hermanos asistir á ella.

—Más anhelo yo socorrer al pobre anciano.

—¿Es cosa decidida?

—Sí, señora.

—¿Y no se arrepentirá usted cuando vea engalanados á sus hermanitos?

—De ningun modo: entònces pensaré en el beneficio que resulta de mi privacion al pobre Anselmo.

Doña Matea, sin hacer más objeciones, se levanto, se puso una bata y fué á abrir uno de los cajones de su cómoda, del que tomó un bolsillo de seda.

—Aquí hay cien duros, hija mia, dijo presentándole á Enriqueta;—guàrdelos vd., y si quiere me vestiré al instante é irémos á Chamberí á ver al señor Anselmo.

—Me parece dijó Enriqueta—que deberia yo pedir permiso á mamá antes de disponer de esa cantidad.

—Me parece lo mismo —repuso el aya—y por lo tanto será prudente que se dirija usted en seguida á su cuarto.

—Pero ¿yo sola?

—¿Por qué no? Nada hay más amable, más dulce que una buena madre, y la de vd. no puede ser más excelente.

—Es verdad; voy ahora mismo á verla.

Diciendo estas palabras salió Enriqueta y se dirigió al cuarto de su mamá, en el que habia extendidas muchas y ricas telas que le habian llevado, con el fin de que eligiese para los trajes de las niñas.

—Me alegro de que vengas, hija mia—dijo á Enriqueta su buena madre;—he mandado tambien venir á tus hermanas, y te iba á hacer lla-

mar; porque además de saber cuál es el traje que os gusta más, quiero que me digais vuestro parecer acerca de las telas.

—Mamá—dijo Enriqueta con las mejillas encarnadas—yo venia á pedirte permiso para no ir al baile é invertir lo que na de costar mi vestido en hacer una limosna.

—¡Una limosna!—repitió la mamá con fingida admiracion.—¿Y a quién?

—Aun viejecito á quien conocí ayer por casualidad en nuestro paseo.

—¿Es el pobre á quien le diste tu merienda?

—El mismo; tiene que mantener á seis nietos sólo con los recursos de la caridad.

—Tu resolucion es muy laudable; pero ¿no te gustaria ir al baile?

—No niego que deseaba mucho ir; pero cuando el placer que experimentaré en él, con la dicha que sentiria esa pobre familia si yo no voy me parece muy preferible esto último.

=¿Y por qué no das la mitad de lo que ha de costar el vestido al viejo Anselmo, y yo te añadiré esa suma á lo que te quede?

—¡Ah, mamá! y entonces, ¿qué valia mi limosno costándome ningun sacrificio?—exclamó Enriqueta .—¡No, no! creo que no es gran mérito dar dinero cuando se posee en abundancia, y que si alguna virtud tiene mi limosna, será la de privarme de ir á ese baile.

—En ese caso, vamos ahora mismo á ver á ese anciano, y nos informarémos de si es verdad cuanto ha dicho.

La condescendiente madre se vistió modestamente, y despues de haberse puesto Enriqueta su sombrero, salieron juntas para ir á Chamberí, á donde llegaron muy en breve por la corta distancia que separa á este naciente pueblo de Madrid.

Al entrar en la calle de Santa Feliciana, madre é hija se dirigieron á unas mujeres que se hallaban cociendo à la puerta de una humilde casa, y la primera se informó de todo lo concerniente al anciano.

Los informes no pudieron ser más ventajosos: era cierto todo cuanto habia dicho el señor Anselmo, quien, no pudiendo va trabajar en su oficio de labrador, se veia sin otro amparo para él y sus nietos que la caridad de las buenas almas.

—Ahora debe este estar—dijo una de las mujeres—en la avenida de los álamos, allá abajo, al pié de aquel montecito, pues sus dos nietos mayores cogen moras, que venden despues á una mujer que á su vez las despacha en Madrid. El pobre anciano dice que se entristece estando solo en su casa, y se sienta á la sombra mientras los nietecillos mayores desempeñan su tarea y los pequeños corren y juegan, comiendo un pedazo de pan, que es su habitul y casi su único alimento.

La madre de Enriqueta dió las gracias á aquellas buenas mujeres, y se dirigió con su hija al sitio que la habian indicado.

Era, en efecto, un hermoso paseo, plantado de álamos jòvenes y llenos de verdor y frescura que se extendia al pié de un montecito; muchas zarzas, cargadas de fruto negro y lustroso, ofrecian á dos de los nietos del anciano abundante cose-

cha, que se apresuraban á recoger en una cesta grande y redonda.

En un ribacito, al pie de una colina, y á la sombra del árbol más grande de aquel fresco plantío, dormia Anselmo, apoyando en el brazo izquierdo su venerable cabeza, casi despoblada de cabellos; sólo algunas canas se mecian al impulso de la brisa en sus sienes pàlidas y marchitas por los años y la miseria.

El aspecto de aquel anciano inspiraba compasion y respeto; tal era la honradez; la serenidad que respiraba toda su persona.

Sentadas á su cabecera sus dos nietecitas de seis y nueve años, espantaban con las ramas de un árbol las moscas y mosquitos, que podian turbar el sueño del anciano, mientras los dos niños más chiquitos jugaban algo màs léjos con todo el silencio posible.

Al ver acercarse á Enriqueta y á su mamá, una de las niñas se adelantò y les rogó que no hiciesen ruido, porque su abuelo dormia.

Ambas prometieron el silencio, y se sentaron á poca distancia y debajo de la eminencia donde los dos muchachos cogian moras.

—Hoy hay muchas, Pascual,—dijo el mayor.

—Ya se ve que sí; de fijo conseguimos llenar el cesto.

—No sé cómo tenemos esta suerte, porque ayer habia muy pocas sazonadas.

—Es que yo recé anoche á Santa Rita, abogada de los imposibles, de quien es abuelo tan devoto, y la santa me oyó.

—Eso debe ser, la tia Marciana nos dará cua-

tro pésetas por el cesto lleno, que así nos lo ha ofrecido muchas veces.

—Y comprarémos à nuestro abuelo unos zapatos, porque los que lleva ya están muy viejos.

—Yo quiero además llenarle su caja de tabaco.

—¡Eso! y entónces, ¿qué nos queda para comprar pan?

—¿Qué nos queda? yo te lo diré: el tío Bautista el pescador me ha regalado una caña vieja, y hoy veré á ver si se pescar algo.

—¡Tú!

—Yo, sí; si saco aunque no séa màs que media docena de peces, y los sacaré, porque Dios ayuda á los que trabajan por sus padres, compraré ai abuelo un poco de tabaco, y con lo demás que me den por ellos y lo que sobre de las moras comprarémos, no sólo pan, sino hasta un poco de queso manchego.

—¡Sí, goloso, piensa ya en regalarte!

—¿No es muy justo? El que trabaja *debe darse algun mimo.*

—¡Ah, Dios mio!—murmuró Enriqueta á media voz.—Es posible que haya tanta miseria y que lo ignoren los ricos? ¡Llamar regalo á un poco de queso manchego, cuando en casa comen con desden nuestros criados los quesos extranjeros!

En aquel instante bajaron del montecillo los dos muchachos llenos de contento; la mamá de Enriqueta los abrazó con afecto, y les dijo:

—Sois unos buenos niños, y no dudeis que

Dios oye vuestros ruegos y os recompensará como mereceis.

Pascual y su hermano miraban embobados á aquella hermosa señora vestida de seda y blondas, que les besaba sin hacer ascos á sus vestidos rotos ni á sus manos manchadas, y cuando se fué á sentar enfrente de su abuelo se pusieron á su lado.

Poco despues el anciano hizo un movimiento y se incorporó.

—¿Cómo ha ido la cosecha, hijos mios?—preguntó con ansiedad.—¿Habeis sido hoy màs dichosos? ¡Cuànto siento no poder ayudaros! ¡Pobres niños, sólo sirvo de una carga inútil!

—Vaya, abuelo mio, ¿quiere usted hacernos lorar?—dijo Mateo, el que cogia moras con Pascual.—¿Qué sería de nosotros sin usted? Todos le queremos como á las niñas de nuestros ojos, y pedimos á Dios que nos le conserve; pero aquí hay una señora y una señorita que sin duda querràn decirle algo.

El pobre viejo enjugó algunas lágrimas que se desprendian de sus ojos, y luégo se volvió hácia el sitio que sus nietos le indicaban.

—¡Ah, mi buena mi caritativa señorita!—exclamó al ver á Enriqueta.—¡Usted aquí y yo durmiendo! ¿Quién podia suponer....?

—No se incomode usted—dijo la madre de Enriqueta—Dios, supremo consolador de los afligidos, hizo que mi hija encontrase á usted ayer; hoy he venido á acompañarla para que le entregue una suma que yo habia destinado para su tocador; es su gusto, y ambos debemos bendecir á

ese Dios misericordioso de quien le hablaba hace poco; usted, porque los ruegos de sus nietos han alcanzado de su bondad la dicha de que conozca á mi Enriqueta, yo, porque me ha dado una hija buena y caritativa.

Esto diciendo, la generosa señora hizo una seña à la niña, que sacò de su bolsillo el que le habia dado su aya con el importe de su traje de baile, y lo puso sobre las rodillas del anciano.

Este le contempló algun tiempo con asombro, luégo vió brillar algunas monedas entre los calados de la seda, y exclamó uniendo sus manos trémulas de alegría:

—¡Oro! ¡aquí hay oro! ¡Oh, hijos mios! ¡ya no tendréis, al ménos en mucho tiempo, hambre ni frio! ¡Ya comeréis todo el pan de que tengais necesidad! ¡Ya no dormiréis sin abrigo ni yo veré agitarse vuestros helados cuerpos al impulso del frio! ¡De rodillas y besad los piés de vuestras bienhechoras!

Mateo, Pascual, las dos niñas que velaban el sueño de su abuelo, y hasta los dos chiquitines que jugaban léjos, y que se habian acercado, se arrodillaron á los piés de Enriqueta y de su madre, besando sus manos con inocente afan.

Madre é hija lloraban copiosamente, é hicieron levantar à los niños así que pudieron dominar un tanto su enternecimiento.

—Señor Anselmo, dijo la madre de Enriqueta; desde mañana los cuatro niños mayores serán colocados segun su edad y sus inclinaciones; las niñas irán al celegio y sus hermanos aprenderán el oficio que más les agrade; respecto de los pe-

queños, no podemos hacer por ahora más que cuidarlos; pero su educacion y su porvenir corren tambien por mi cuenta; en cuanto á usted cada dos meses recibirá de mano de mi hija una suma igual á la que ha recibido hoy, pues mi marido y yo le señalamos, para complacerla, una pension vitalicia de 12,000 reales al año.

—¡Dios mio!—exclamó el anciano llorando á lágrima viva.—¿Qué he hecho yo para merecer tanta felicidad? ¡Señora, señorita, ustedes son sin duda una santa y un ángel del cielo?

—Todo se lo debe usted á dos de sus nietos: todas las noches rezaban con fervor à fin de obtener medios, por pequeños que fuesen, para aliviar la suerte de usted, y el cielo les ha escuchado.

El anciano abrazó é sus nietos, y madre é hija se despidieron para volver á su casa.

—¡Oh! mamá!—exclamó Enriqueta—¿qué dicha hay en el mundo comparable al placer de hacer bien?

—No conozco, en efecto, ninguna, hija mia—respondió su madre—pide á Dios que te conserve siempre la caridad, y seràs feliz.

Aquella misma mañana eligieron sus telas Lola y Eugenia, y muy admiradas al ver la inaccion de su hermana, le preguntaron si ya habia hecho su eleccion.

—Sí—respondió Enriqueta—he elegido una tela la más bella del mundo, y ya la tiene la modista.

—¿Es más linda que nuestro raso y nuestro terciopelo?—preguntaron las niñas.

—Para mi gusto, mucho más.

Las dos se rieron desdeñosamente; tenian un magnífico paquete de raso celeste, de terciopelo color de rosa, y ricos encajes, blancos como la espuma del mar; ¿qué podia haber más elegante y lindo?

Así es que pasaron mecidas en doradas ilusiones los dias que faltaban para la fiesta, si bien admirándose de que Enriqueta estudiase el piano y el francés y se ocupase de sus bordados lo mismo que ántes.

Llegó por fin la noche del baile; el carruaje esperaba à la puerta, y el papá, vestido de etiqueta, contemplaba á Lola, Eugenia y à Juanito, á quienes las modistas y doncellas daban la última mano.

El niño vestía de caballero de la corte de Felipe IV.

Lola, que era morena, con ojos y pelo negro, vestía de maja.

Eugenia, que era rubia y rosada, el cándido traje de pastora suiza.

Al acabar el tocador, entró Enriqueta con el vestido de muselina que habia llevado puesto todo el dia.

—¡Cómo! ¡no vienes!—exclamaron los tres hermanos—¿estás enferma? ¿y tu traje de Isabel de Valois?

—Lo ha cambiado por el de *ángel de la caridad*—dijo su madre—el importe del traje de vuestra hermana ha vestido á un anciano y á seis

niños y les ha dado pan para muchos dias: id al baile, hijos mios, con vuestro papà; yo voy con Enriqueta á presenciar la cena de Anselmo y de su familia, y de fijo será mañana vuestra hermana más dichosa que vosotros.

FIN DEL VESTIDO DE BAILE.

LAS DOS AMIGAS.

En una de las más bellas calles de la coronada villa, y en una casa suntuosa, vivian hace mucho tiempo los señores de Alvarez, que tenian una niña de seis años, llamada Emilia: esta niña era muy bonita y estaba además dotada de gran aplicacion y de una extremada inteligencia.

Por esta razon aprendia con algun aprovechamiento todo cuanto le enseñaban, y á esta edad, en que por lo comun apénas empiezan las niñas su educacion, la de Emilia no estaba atrasada.

Sin embargo, sus bellas cualidades estaban oscurecidas por dos grandes defectos: Emilia era terca y habladora, y sòlo obedecia á su mamá, que era la única persona de la casa á quien tenia algun respeto.

Los señores de Alvarez adoraban á su hija, tanto por la circunstancia de no haber tenido otra, cuanto por su hermosura, que era verdaderamente admirable, y que no cesaban de elogiar cuantos la veian.

La señora de Alvarez tenia la fortuna de conservar aún á su madre, y esta señora idolatraba á Emilia con esa ternura que reside en el corazon de todos los abuelos, porque ellos son dos veces padres; la abuelita de Emilia era una prueba de esta verdad, porque su cariño rayaba en la locura.

Esclava de todos los caprichos de la niña, no advertia que su extremada cendescendencia aumentaba hasta un punto increible los defectos de aquella.

Todas las noches que los señores de Alvarez salian de casa, quedaba Emilia en compañía de su abuelita, á quien hacia sufrir mucho con su carácter y contínua desobediencia.

A las ocho empezaba la abuela á amonestarla para que se acostase, pero sin fruto alguno.

—Emilia – le decia—hija mia, mira que tienes que ir al colegio á las nueve para dar tus lecciones.

—Déjame otro poco—respondia la niña sin soltar las muñecas.

—Vamos, anda á acostarte—repetia la abuela al cabo de media hora.

—¡Luégo iré!—contestaba Emilia con tono impaciente y continuando en sus juegos.

Y de este modo se pasaba, hora tras hora, hasta las once de la noche, en que la niña, cansada ya de sus juguetes, se acostaba por su gusto, y no por deber y obediencia.

Como se habia acostado muy tarde, por la mañana no despertaba hasta las nueve y media; se lavaba muy de prisa y muy mal; en vez de peinarla con esmero, habia que cogerle el pelo de cualquier modo para llevarla lo ántes posible al colegio, y ningun dia salia de casa sin que la regañase su mamá, dando á ésta un disgusto.

Porque habeis de saber, niños mios, que vuestros padres se disgustan mucho ántes de regañaros ó de imponeros algun castigo, y que ninguna correccion es efecto de su capricho ó inmotivada, sino impuesta, porque es preciso para vuestro bien.

A pesar de la gran prisa con que Emilia se disponia cada mañana para ir al colegio, ningun dia llegaba á tiempo de dar sus lecciones; así es que, no obstante su natural despejo y buena disposicion, no adelantaba lo que era de esperar, ni sus maestras la miraban con la deferencia que conceden á las niñas sumisas y aplicadas.

Su terquedad y desobediencia seguian durante todo el dia.

Cuando salia de casa, ó andaba muy despacio ó corria como una loca.

Si habia llovido, tenia gusto en meter en el barro sus botitas nuevas.

Hacia del paño una torcida, y mordia sus puntas, poniéndole sucio á fuerza de manosearle.

Todos los dias olvidaba sus libros, ya al ir al colegio, ya al volver á casa; así es que quedaba sin dar leccion ó sin estudiarla.

Por mañana y noche costaba mucho trabajo conseguir que rezara sus oraciones, porque preferia contar todo lo que pasaba en el colegio ó hacer preguntas indiscretas, á encomendarse á Dios antes del sueño, como hace toda niña bien educada.

Algunas de estas malas mañas desaparecian cuando su mamá estaba á la vista; era ésta un poco severa con Emilia, no porque no la quisiese mucho, pues es cosa imposible que una madre ame poco á su hija, sino porque la niña abusaba de su bondad en cuanto la veia risueña y condescendiente.

Un mimo, una caricia de la mamá eran siempre seguidos de una grave falta de Emilia, porque ésta no estaba dotada de aquella delicada ternura, de aquella generosa gratitud, patrimonio de las almas sensibles.

El convencimiento de que las faltas de Emilia eran hijas de su mala índole, puesto que el temor del encierro ó de quedarse sin postre, hacia que se contuviera; este convencimiento, digo: atormentaba á la buena madre y á la cariñosa abuelita: hay en los niños travesuras que nacen de la vivacidad de la imaginacion, que se pueden perdonar; pero los defectos calculados y

combinados con la ocasion, encierran una malicia solapada y una bajeza de sentimientos que no tienen excusa ninguna.

Las habladurías de Emilia eran tambien insoportables: contaba á sus compañeros de colegio cuanto sucedia en su casa; daba igual satisfacá las visitas que iban, y, como toda persona habladora, se iba acostumbrando insensiblemente á mentir, porque cuando no tenia nada que charlar, inventaba tonterías que vendia como verdades.

Un dia en que habia ido al colegio tarde, segun costumbre, y que por esta razon la habia reñido su mamá, volvió muy contenta á su casa.

—Mamá—dijo al entrar—hoy ha ido al colegio una niña pobrecita; la maestra le ha mandado que se sentase á mi lado, me ha dicho que yo le enseñaré desde mañana á leer y á hacer dobladillo.

—Eso será para ver si, estando tú entretenida, consigue que no charles—repuso la mamá sonriéndose.

—La niña se llama Mariana,—continnò Emilia;—ha ido á encargársela á la señora directora una viejecita ciega que llevaba un perro sujeto à un cordon, y este cordon atado à su brazo; la pobre ciega lloraba mucho, mucho.

—¿Ha llevado alguna labor esa niña?—pregunla señora de Alvarez, cuya curiosidad se despertaba con la narracion de Emilia.

—No, mamà—respondió la niña;— su abuela, que es la viejecita, ha dicho que no podia comprarle tela para que trabajase, y la señora directora le ha dado un pedazo de lienzo blanco, agu-

ja, hilo y dedal; desde esta tarde le enseñaré yo á hacer dobladillo.

Al dia siguiente, la señora de Alvarez llevó á su hija al colegio. Emilia ocupó su sitio al lado de Mariana, que acababa de llegar.

Esta niña tenia una fisonomía bondadosa, y podria contar unos siete años; era su semblante tan inteligente que llamaba desde luégo la atencion. Emilia empezó á desempeñar su papel de maestra con mucho placer, miéntras su mamá se informaba de la señora directora acerca de la situacion de Mariana y de su abuela.

—¡Ah, señora! —exclamó la directora á la primera pregunta de la señora de Alvarez.—Mariana es nieta de una mujer muy honrada, á quien conozco desde hace muchos años y que vivia con su hija, casada y madre de Mariana; pero hace seis meses que aquella y su esposo han perecido, víctimas de una enfermedad maligna; un hermano mio da á la pobre anciana dos reales diarios y un cuartito en el patio de su casa, y yo me he encargado de la educacion de la inocente Marianita, que es buena como un ángel.

Luégo que la directora del colegio dejó de hablar, la madre de Emilia fijó sus ojos en la pobre huérfana, que seguia dócilmente los preceptos imperiosos de su maestra, y poco despues se volvió á su casa.

A los dos dias era domingo; despues de oir misa, Emilia fué con su mamá á casa de la abuela de Mariana, que ocupaba un cuartito en un patio oscuro, húmedo y miserable.

Cuando entraron estaba la niña ocupada en

quitar el polvo à cuatro sillas muy viejas, únicas que se veian en la habitacion; esforzóse en acercar una para la madre de Emilia, y la saludó cortesmente, conduciéndola al asiento que le habia preparado junto al lecho de su abuela, que aún permanecia acostada.

—¿Quién ha venido, hija mia?—preguntò la pobre ciega incorporándose con algun trabajo en el lecho.

—Es la buena señorita que me enseña á coser, que está aquí con su mamá—respondió Mariana sin aturdirse en lo más mìnimo; luégo acercó otra silla para Emilia y continuó limpiando.

Su maestra la seguía con los ojos: la miró terminar su limpieza, y luégo acercarse á un pequeño fogon, colocado en un ángulo de la estancia, y preparar una sopa con suma soltura y agilidad.

—¡Qué! ¿sabes hacer sopa?—preguntó Emilia admirada.

—Sí, señora—respondió Mariana con dulzura

—¿Quién te ha enseñado?

—Mi abuelita me ha explicado cómo se hace.

—¿Y la haces todos los dias?

—Todos.

—¿Sin cansarte?

—¿Quién, si me cansara, haria el desayuno para mi pobre abuela, y quién me lo daría á mí?

—¿Y quièn desempeña las demás haciendas de la casa?

—Yo, señorita.

—¡Tú!

—Yo sola: yo lo sé hacer todo; yo barro, hago nuestra sopa por mañana y noche, arreglo esa

cama grande en que está acostada mi abuela, y en la que tambien duermo yo, la ayudo á vestirse y la acompaño.

—¿Y no vas nunca á jugar?

—No tengo tiempo para eso, señorita; aunque guardo una muñeca de trapos que me hizo mi pobrecita madre cuando vivia.

—¿Por qué no dejas los quehaceres y juegas con ella? Tu abuela es ciega y no vé lo que haces.

—Pero me ve Dios, que sabe lo que hacemos todos.

Emilia quedò suspensa oyendo esta contestacion, y guardó silencio.

—Yo—continuó Mariana—rezo todas las mañanas para que Dios me haga buena, y le pido á la Vírgen cada noche que me libre de todo mal. Y ¿usted no reza, señorita?

—No—contestó Emilia algo confusa.

—¡Es posible! ¿Y por qué?

—Por la noche tengo sueño, y por la mañana prefiero ponerme á jugar.

—Vea usted por qué dicen en el colegio que es usted tan mala—repuso Mariana con sencilla conviccion.—Las niñas que no rezan son todas perversas é inobedientes: así lo dice mi abuela.

Entretanto que Mariana hablaba con su jóven maestra, su abuela pintaba á la madre de Emilia su triste situacion: cuando acabó su relato, añadiò:

—¡Ah, señora! Mi único consuelo es mi nietecita; esa criatura, cuya docilidad y buena índole me aseguran que será un dechado de virtud; no

puede usted imaginarse el esmero con que me cuida y la laboriosidad que despliega en tan pocos años; ella está dotada del carácter más dulce, del corazon más bello, y sólo tratándola puede formarse una idea aproximada de sus hermosas cualidades.

—Lo haré desde hoy, si usted quiere, señora Mònica—dijo la mamá de Emilia á la anciana—todos los dias vendré con mi hija á pasar un rato con usted; la mala índole de Emilia necesita el ejemplo de la preciosa Mariana: el carácter de mi hija es tan indómito como suave el de aquella, y deseo que el trato de su nietecita corrija á Emilia de sus muchos defectos. Permítame usted, señora Mònica, que me encargue de la suerte de usted y de la de Mariana.

La señora Mónica dió gracias á su protectora con el más vivo enternecimiento, y ésta, despues de una hora, durante la cual se hicieron las niñas las mejores amigas del mundo, se marchó con Emilia, que se despidió de Mariana hasta el dia siguiente en que se verían en el colegio.

—¡Qué buena es Mariana!—exclamó Emilia sin poderse contener, no bien se vió en la calle.

—¿Qué es lo que más te admira en ella?—preguntó su mamá sonriéndose.

—Yo no sé,—contestò la niña—pero todo me parece bien: cuando habla de su abuela, ¡si vieras tú, mamá, qué bonita se pone! además, dice que reza todas las noches y mañanas, y cuando ella hace lo que tú me mandas á mí que haga, debe ser muy buena; ¡oh! ¡yo la quiero con todo mi corazon!

—¿Porque es buena?

—Sobre todo, por eso.

—De ese modo, ella no debe quererte á tí nada—repuso la señora de Alvarez.

—¿Por qué, mamá?

—Porque tú eres mala.

Emilia guardó silencio, y su mamá prosiguió:

—No hay nada en el mundo más amable y que más atractivos ejerza que una niña buena, dulce, obediente; sin un carácter bondadoso, todas las ventajas de la hermosura y de la riqueza no pueden hacernos amar de nuestros semejantes; tú misma, hija mia, puedes juzgar de la verdad de mis palabras: vives en una magnífica casa, tus padres son ricos, vistes preciosos trajes, tienes muchos criados, y finalmente, cuantos te ven dicen que eres muy hermosa: ahora bien, con todos estos dones de la fortuna y de la naturaleza, nadie te ama, y únicamente te toleramos los que no tenemos otro remedio y los que por obligacion debemos sufrirte. ¿Es esto cierto?

—¡Sí, mamá!—respondió Emilia ruborizada.

—No sucede lo mismo á Mariana: todos la aman, todos desean hacer algo por ella; y ¿sabes por qué? Porque ella tambien es buena, amable, previsora: el que quiera ser amado debe hacerse amable, pues el cariño no se impone, y la simpatía es independiente de nuestra voluntad: esa criatura pobre, miserable, que necesita de la pública caridad para poder vivir, alcanza más afecto, más deferencia que la rica y bella señorita de Alvarez.

Acabando de pronunciar estas palabras la mamá de Emilia, llegaban ambas à la puerta de su casa: la niña, cabizbaja y pensativa, tomó sus libros y se puso á estudiar con mucho mayor afan de lo que acostumbraba: pensaba en Mariana, y se dijo que en adelante la imitaria para ver si, siendo buena, alcanzaba más cariño de todos.

Desde aquel dia, el modelo se le presentò con nuevas y mayores perfecciones, pues realmente el carácter de Mariana estaba dotado de una sorprendente hermosura.

El estrecho y mísero círculo en que ántes habia vivido, no habia dejado brillar las gracias de su índole y su extrema docilidad. Servicial con su bienhechora, atenta á sus lecciones en el colegio, aventajó muy pronto á Emilia en todas las materias que á entrambas se enseñaban: siempre callada, contestaba, sin embargo, con dulzura cuando le preguntaban, y jamás una palabra indiscreta salia de sus labios.

La cualidad que más sobresalia en ella era una extrema sumision á todo cuanto su abuela ó su protectora le ordenaban.

Todas las mañanas, no bien se levantaba, rezaba sus oraciones y pedia à Dios la gracia de ser buena; y cada noche, ántes de dormirse, le rogaba tambien que conservase la vida de su abuela, la de sus bienhechores y la de la hija de éstos.

Tan buen ejemplo hizo al fin que Emilia conociese sus defectos en toda su fealdad; poco á poco se volvió sumisa con su abuelita, y léjos de abu-

sar de su bondad, al cabo de poco tiempo la obe decia como Mariana á la suya.

Dos años hacia que la señora de Alvarez protegia á la anciana Mónica cuando murió ésta, cuidada y asistida con el mayor esmero.

Antes de cerrar sus ojos para siempre rogó á los padres de Emilia que no desamparasen á su nietecita, á la cual dejaba sola en el mundo.

Ellos le prometieron que la buena Mariana sería la hermana de su hija, y en efecto, el mismo dia en que espiró la señora Mónica se la llevaron á su casa.

La amable y sensible huerfanita sintió sobremanera la muerte de su abuela, que habia pasado á mejor vida cuando aún llevaba ella luto por sus padres, y rezó durante largo rato junto al cadáver, derramando abundantes lágrimas.

Los señores de Alvarez la dejaron desahogar su dolor, y luégo la hicieron levantar del sitio donde se habia arrodillado, temerosos de que tan extremada afliccion perjudicase su salud en una edad tan tierna.

—Basta de llorar, hija mia—le dijo la señora de Alvarez—Dios no quiere que nos aflijamos demasiado por los bienes que nos quita, y la mayor prueba de amor que podemos darle es sujetarnos sin esfuerzo á su santísima voluntad: has perdido á tu madre, es cierto, pero tienes otra en mí que te amará con la misma ternura.

—¡Ah, señora!—exclamó Mariana besando las manos de su bienhechora—¿qué sería de mí, pobre niña huérfana, sin su caridad? ¿Cómo podré pagarle todo cuanto hace par mí? Pero no dude

usted que yo sabré agradecerlo, y que tendrá en mí una segunda hija, que la querrá tanto como la suya propia.

—Así lo espero, Mariana—dijo la señora de Alvacez—y ahora vamos á casa, donde nos estará esperando Emilia con impaciencia.

Mariana enjugó sus ojos y siguió á su bienhechora, no sin volver á besar en la frente á su pobre abuela, cuya alma moraba ya en el seno de Dios.

—Aquí tienes á tu hermana, Emilia—dijo la señora de Alvarez presentándole á su protegida—desde hoy ocuparéis la misma habitacion y vestiréis iguales trajes, siendo la misma vuestra educacion

En efecto, las dos amigas fueron instaladas en una preciosa salita que tenia dos alcobas, en cada una de las cuales habia una linda camita de acero con colgaduras de muselina blanca.

La sillería era de limonero, con los asientos de raso azul, y dos mesas, con colgaduras como las de las camas, sostenian dos tocadores iguales.

Desde aquel dia ya no fué menester regañar más á Emilia porque se levantaba tarde, porque no queria rezar ó porque se dejaba olvidados los libros de las lecciones; pero ¿se debia á ella tan favorable mudanza? No por ciento. Mariana era la autora de ella, Mariana, que con el cuidado de llamar á su amiga despertaba con el alba, se vestia y se sentaba con la paciencia de una mártir junto al lecho de aquella, llamándola sin cesar hasta que se despertaba.

Luégo la vestía ella misma, la peinaba y la

ayudaba á repasar sus lecciones, pues, como ya he dicho ántes, estaba mucho más adelantada que Emilia.

No obstante, en una ocasion, á pesar de todo el empeño y de todo el esmero que ponia Mariana en ayudar á Emilia, á vencer todas las dificultades en el estudio y en las labores, estuvo ésta un mes con una sola leccion: cansada la directora de tan rebelde tenacidad, declaró un dia que no iba á casa, y que se quedaba encerrada en el cuarto destinado á guardar á las desaplicadas.

Mariana, al oir la fatal sentencia, se puso pálida y pensó en el disgusto de los padres de Emilia cuando vieran que ésta no iba á casa, y á toda costa decidió salvar á su amiga de aquel afrentoso castigo.

Acercóse á la directora llorando, y con las manos juntas le suplicó que la dejase á ella encerrada en lugar de Emilia.

—Eso no puede ser—respondió la directora;—usted, querida mia, ha desempeñado perfectamente su obligacion; ningun dia ha escrito mejor la plana ni ha bordado con más primor que hoy. No es justo, pues, que usted pague la culpa de esa señorita, que se quedará aquí hasta el anochecer.

—¡Ah, señora!—repuso Mariana—piense usted en la afliccion de su mamá cuando sepa su castigo, y recuerde que yo no tengo padres á quienes dar tan amargo sentimiento.

La directora, enternecida por aquella elocuente suplica, se negó, sin embargó, á acceder á ella,

porque era muy amante de la justicia, y entònces Mariana le rogó que la encerracen tambien con su amiguita para que ésta no estuviese sola y triste.

Accedió por fin la directora á este deseo, y la criada, que fué á buscar á las niñas, llevó á sus señoras la noticia del sacrificio de Mariana, por más que ésta encargó dijese que se habia quedado en castigo de no haber sabido tampoco la leccion.

Aquel dia pasó, y por la noche volvieron las dos niñas á su casa. Emilia, seriamente reprendida por la directora por su inaplicacion y desobediencia, y Mariana llena de elogios por su nobleza y generosidad.

Cuando llegaron á su casa, la señora de Alvarez recibió á entrambas con rostro severo y las reprendió fuertemente por sus faltas, como si estuviera persuadida de que las dos eran igualmente culpables.

Las dos niñas callaron humildemente; pero Emilia abrió la boca dos ó tres veces para declarar la inocencia de su generosa amiga; no obstante, la vergüenza de aparecer como la sola culpable la contuvo y guardó silencio, añadiendo á sus faltas de aquel dia la odiosa culpa de la ingratitud.

Acostàronse las dos niñas, segun costumbre, despues de haber rezado las oraciones de la noche, y Mariana se durmió al instante con la tranquilidad de una conciencia pura.

Pero no sucedió lo mismo á Emilia; el remordimiento alejaba el sueño de sus párpados, y aun

que le causaba envidia el tranquilo reposo de su amiga, su agitacion crecia à cada instante.

Una voz interior le gritaba que era culpable por haber permitido que su mamá reprendiese y castigase á la buena é inocete Mariana, y esta voz no la dejaba conciliar el sueño, por más que lo procuraba, ya sujetándose á una inmovilidad completa, ya escondiendo su cabeza bajo las ropas de su lecho.

Atormentada, casi asustada de la soledad de la noche, se le ocurriò la idea de ir á buscar á su madre y conferar su falta, á fin de ver si con su perdon podia dormir tranquilamente, pues nada atrae tanto el sueño como la certeza de que somos buenos.

Emilia se incorporò en el lecho: la estancia estaba alumbrada por una lamparita de plata que pendia de la pared por medio de un cordon de seda, y aquella débil luz derramaba una claridad dulce y agradable sobre todos los objetos.

La arrepentida niña buscó su bata de levantarse y se abrigó con ella: luégo abrió con mucho cuidado la puerta de su cuarto y se dirigió al de su mamá, situado á larga distancia del suyo.

Para llegar á él tenia que cruzar un extenso corredor que estaba completamente á oscuras.

Al salir de la antesala, alumbrada débilmente por la luz de la luna que entrada por una ventana, la niña dirigiò su vista à lo largo del corredor y tembló de miedo, porque jamás habia sido muy valiente: la tènue claridad que alumbraba el corredor sólo servia para aumentar las som-

bras, que se amontonaban en los sitios en que no habia ventanas.

Emilia quiso dos ó tres veces volver atrás y desistir de su propósito; pero reflexionó que lo que iba à hacer era una buena accion, y que, despues de ejecutada, descansaría más tranquila, y prosiguió andando por el corredor, hasta llegar á la puerta del cuarto de su madre.

Tal vez estará acostada y durmiendo—pensó Emilia; pero en el mismo instante vió que salia un rayo de luz á través de la cerradura y llamó suavemente à la puerta.

—¿Quién es?—preguntó la señora de Alvarez.

—Yo, mamá—respondió Emilia.

La puerta se abrió al instante, y Emilia se hallò en los brazos de su madre, que la sentó sobre sus rodillas.

—¿Qué es lo que te sucede, hija mia?—exclamó asustada y olvidando su anterior enfado—¿estás enferma? ¿te duele algo? vamos, habla, para que me saques de esta pena.

—No estoy mala, mamá—respondió la niña ruborizada—pero es todavía peor lo que me pasa; he sido mala, muy mala, y no puedo dormir pensando en mi falta; por eso he venido á confesártela y á que me la perdones.

—Ya está perdonada, hija de mi alma—repuso la señora de Alvarez—y perdonada sin que tú me la digas, porque sé cuál es.

—¿Cómo, mamá?

—Sì: venías á decirme que Mariana se habia quedado castigada por gusto suyo, y por acompañarte en tu encierro, ¿no es verdad?

—Sí, mamà.

—Y para decirme que tu amiga era inocente has desafiado el temor que tienes á la oscuridad y al frio de la noche, ¿no es cierto?

—Sì, mamá.

—¡Ah, hija mia! lo que has hecho me llena de orgullo y de alegría, porque es una accion digna, honrada, noble! mira, supe tu ingratitud con tu amiga, cuando os reñí á las dos y tú guardaste silencio; porque yo estaba avisada por la directora de que Mariana era inocente, y sólo se quedaba castigada por hacerte compañía; pero fingí no saber nada por conocer hasta qué punto podia contar con la generosidad de tu carácter; al ver que nada decias para justificar á Mariana, me entregué al dolor, y mi pena no habia permitido aún pensar en acostarme.

—¡Será posible!—balbuceó la niña llena de sorpresa y confusion.

—Vamos á tu cuarto, hija mia—concluyó la señora de Alvarez—y sabe que hoy has hecho muy dichosa á tu madre.

Cuando entraron la señora de Alvarez y su hija en el cuarto de esta última, hallaron à Mariana sentada en el lecho y llena de susto, pues habia notado la ausencia de su amiga. La madre de Emilia las confundió en un abrazo, y despues de dejar acostada á Emilia en su lecho, volvió á su habitacion.

Al dia siguiente compró á cada una un cajon de juguetes.

Emilia se enmendó en breve de todos sus de-

fectos; el amor que tenia á Mariana se aumentó con aquella rara prueba de generosidad, y no pasó un solo dia sin dar gracias al cielo porque la habia concedido tan tierna y excelente amiga.

FIN DE LAS DOS AMIGAS.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO.

EL CARPINTERO.

Hace algunos años, vivia en Madrid una apreciable familia, rica en virtudes, cuanto pobre en bienes de fortuna; componíase del Sr. Bermudez, su esposa y dos hijos hermosos, pero muy diferentes en sus caracteres é inclinaciones.

El mayor, llamado Arturo, tenia diez años; su hermana, llamada Margarita, contaba uno ménos.

Arturo era violento, arrebatado y envidioso; la más leve contradiccion le irritaba, considerándola como una ofensa, y esto nacia de que, siendo por otra parte muy exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, tomaba por injuria la más pequeña advertencia que se le hacia.

Margarita era muy dócil, y descubria en su carácter y en su rostro una dulzura que atraia á cuantos la miraban.

Los padres de ambos conocian todos los defectos de Arturo, porque su cariño no rayaba en esa ceguedad perjudicial que no ve ninguna falta en el objato amado, léjos de eso, meditaban incesantemente el medio de corregir á su hijo; pero no acertaban de què modo conseguirlo.

La desgracia, que desde hacia tiempo se ensañaba con el señor Bermudez, le descargó otro nuevo y más rudo golpe que todos los anteriores; el buen padre se vió privado del modesto destino que desempeñaba, despues de haber perdido, á consecuencia de una quiebra, todo su patrimonio, y la miseria amenazó de muy cerca á su pobre familia.

Entónces fué preciso sacar á los niños de los colegios en que se educaban, y sus padres tomaron sobre sí este cuidado.

Encargóse la mamá de la enseñanza de Margarita, y el papá de la educacion de Arturo.

Pero el enfado y el aburrimiento se posesionaron del niño, de tal modo, que su ceño no se desarrugaba en todo el dia, ni la sonrisa visitaba jamás sus labios.

La soledad de su casa le irritaba, y suspiraba sin cesar por sus compañeros de colegio.

—¿Y sabeis por qué?

Porque en el colegio habia muchos niños, como él y más pequeños, á quienes dominaba y maltrataba con toda la irascibilidad de su carácter.

Es verdad que en su casa atormentaba todo lo posible á la pobre Margarita; más sin embar-

go, le contenia el respeto à sus padres, que constantemente le vigilaban.

La escasez de aquella honrada familia crecia cada dia, y así hubo que despedir á los criados. Esta medida, léjos de atormentar á Margarita, la obligó á revestirse de un valor muy superior à sus cortos años, y la pobre niña se preparó, con semblante alegre, á ayudar á su madre en todos los oficios de la casa.

Pero, ¡quien será capaz de pintar la desesperacion del petulante Arturo, al ver la pobreza que le asediaba, al convencerse de que él mismo tenia que limpiar su ropa y su calzado, y que no podia ir ya á jugar al Parterre del Retiro por no tener un criado que le acompañase!

En vano su buena madre y su cariñosa hermana trataron de consolarle, anunciándole dias más felices para lo sucesivo. Arturo nada escuchaba; respondia con muy mal humor á cuantas observaciones se le hacian, y muchas veces lloraba desconsoladamente cuando se hallaba sólo.

Una mañana, al llamarle á la hora de costumbre, se sintió dominado por un acceso tan fuerte de mal humor, que se negó á levantarse de la cama, à pesar de los ruegos y amonestaciones de su madre.

—Tengo sueño—respondia cubriéndose la cabeza con las ropas del lecho cuantas veces entraba Margarita para ver si se vestia.

De repente recorrió su cuerpo un movimiento de espanto, porque vió entrar á su padre con paso lento y semblante grave.

El señor Bermudez se sentó junto al lecho, y

su hijo, conociendo que habia obrado muy ma-se incorporó, fijando en él una mirada de temor.

—Hijo mio—dijo el señor Bermudez—tú sal-tes que Dios nos ha enviado la pobreza para que sustituyera á la holgada medianía de que ántes disfrutábamos; no nos quejemos de sus juicios, pues jamás nos da ni puede darnos más que aquello que nos conviene; pero es preciso ayudarnos en las calamidades para que él nos ayude tambien; por lo tanto, Arturo, vas á dejar la casa de tus padres y á entrar como aprendiz en la de un carpintero.

El niño mudo de sorpresa, no supo qué contestar; su padre prosigió de esta suerte:

—En tiempos más felices pensé darte una carrera digna de nuestra posicion; hoy nuestra posicion es la màs humilde y precaria, y conviene, mi querido Arturo, que te acostumbres á las rudas tareas del artesano; veo, además, que nuestra compañía y nuestra pobre casa te disgustan, y como yo sólo deseo tu bien, he resuelto que mudes de compañía, de costumbres y de vivienda, para vér si así te va mejor.

Arturo quedó absorto; pero en medio de la natural dureza de su carácter no sintió tanto la separacion de sus padres como la vida de trabajo que, en su concepto, se le imponia.

Atormentado por estos pensamientos, preguntó á su papá:

—¿Tendré qué trabajar en casa del carpintero?

—Desde el amanecer hasta la noche.

—¡Pero si yo no sé ese oficio!

—Vas para aprenderlo.

—¿Y qué tendré que hacer?

—El maestro te lo explicará; pero vístete y vamos, que hoy debo presentarte á él.

El señor Bermudez salió de la estancia, y Arturo, bañado en lágrimas, se pusó su elegante trajecito azul, que aun se hallaba en muy buen estado.

Apénas acababa de hacer esta operacion, entró Margarita en su cuarto llorando à lágrima viva.

—¿Con que te vas?—le dijo abrazándole.

—Sí, así lo ha dicho papá—respondió Arturo tristemente.

—¿Y cuando volverás?

—¡No sé!

—¡Ay hermano! ¡tú te quejabas de casa; pero cuánto mejor estabas aquí que estarás en casa del carpintero!

—No hay que lamentarse—dijo el señor Bermudez, que penetró en la estancia:—Dios santificó la pobreza, eligiéndola para sí; San José fué tambien un humilde carpintero, y la verdadera deshonra no está en ser pobre, sino en ser malo; procura, Arturo, ser mejor aprendiz que has sido hijo y hermano, y piensa que no hay desgracia en el mundo, por grande que sea, que no pueda ser mayor.

Dicho esto, tomó el señor Bermudez á su hijo de la mano y le llevó al cuarto de su madre para que se despidiese de ella.

Pero contra lo que esperaba Arturo, su madre no lloraba ni estaba triste por su ausencia; al contrario, le dirigió una severa mirada y le

encargó que aprendiera á ser laborioso en casa del carpintero, y sobre todo á tener paciencia.

Despues de un último abrazo á su mamá y á su hermana, salió Arturo con su papá, quien le llevò á casa del carpintero, su maestro futuro.

El taller estaba á bastante distancia de su casa, y al llegar á él, el pobre Arturo sintió el corazon fuertemente oprimido.

Era una tiendecilla oscura y miserable la del carpintero, y estaba situada además en un callejon sin salida, por el cual no pasaba ni una sola persona en todo el dia. Arturo, que era vano y orgulloso, sentia un profundo dolor cuando pensaba que le iban á colocar en un taller grande, elegante y lleno de oficiales como los que él habia visto cuando iba à pasear todas las tardes con su hermanita; podeis juzgar ahora, mis queridos niños, cuál sería su pena al verse en aquella tiendecita reducida, pobre màs bien que modesta, y ocupada sólo por un hombre de aspecto duro y de gran barba negra, que era el maestro.

—Aquí está mi hijo, señor Cristóbal,—dijo el señor Bermudez;—no tenga usted consideraciones con él, porque deseo que sea con el tiempo un hombre de bien y un excelente obrero; si falta á su deber, castíguelo usted, porque la correccion es saludable para los caracteres rebeldes.

Luégo, volviéndose á Arturo, continuó:

—Te deseo mayor dicha aquí que al lado de tus padres, á quienes tan poco amor y resignacion has demostrado; sé bueno para que Dios te haga dichoso.

Al acabar de pronunciar estas palabras, salió el señor Bermudez de la tiendecita, dejando á su hijo en compañía del carpintero.

Arturo siguiò á su padre con una mirada llena de lágrimas; el terror y el remordimiento se iban posesionando de su pobre corazon, comprendiendo entonces toda su ingratitud y el justo castigo que le amagaba.

Bien hubiera querido correr tras de su padre y darle el último abrazo; pero el temor, y más que el temor la vergüenza, se lo impidió.

Cuando obramos mal, queridos niños mios, se apodera del corazon una triste timidez, una cortedad invencible, que embarazan nuestras expansiones y nos privan de demostrar nuestro afecto á las personas á quienes hemos ofendido.

La persona á quien habia ofendido Arturo era su propio padre, un padre bueno, indulgente, generoso por exelencia, y además desgraciado; y no es posible explicaros cuàn culpable es el hijo que aumenta con su dureza y su desobediencia, las penas de los que les dieron el sér.

Arturo fué distraido de sus tristes reflexiones por la bronca voz del carpintero, que le dijo con aspereza:

—¡Muchacho pon á calentar la cola!

El nuevo aprendiz se volvio con el rostro lleno de lágrimas; pero Cristobal añadió:

—No me gustan los pucheritos; aquí has venido á trabajar y no á llorar, buena pieza; y te advierto que si te oigo gemir ó no andas muy listo en cumplir con tus obligaciones, te bajaré á una

cueva muy oscura que tengo, y que además está llena de arañas y ratones.

Arturo, que temia muchísimo á estas dos clases de animales, enjugò presuroso sus lágrimas y el carpintero repitió con su terrible acento:

—Vamos, vamos, recoge cepilladuras y algunas astillas de las que hay por el suelo, y enciende una hoguera á la puerta de casa.

Arturo obedeció, aunque con sumo trabajo, pues la educacion mimosa y esmerada que habia recibido le imposibilitaba para toda faena material; aunque contaba diez años, parecia màs endeble y más torpe que otros niños de seis; pero el adusto carpintero y su cueva le inspiraban tanto terror, que hizo cuanto pudo para cumplir del mejor modo posible su comision.

Cuando la llama prendió, elevándose con su resplandor alegre en aquella oscura calleja, Cristóbal señaló al aprendiz un pequeño perol lleno de cola para que la pusiera á calentar, ordenándole qne no dejara de darle vueltas con una astilla.

—Para esta operacion te mancharás mucho, —añadió—y si: vé à tomar aquel mandil blanco que hay colgado en un clavo en la tienda.

El rubor coloreó la frente de Arturo; ¡él. tan elegante, tan pulcro, tenerse que poner aquel horrible delantal que empezaba en el cuello y bajaba hasta los piés! Sacrificio era este muy superior à sus fuerzas, pero que sin embargo tuvo que aceptar.

Más al ir à tomar el mandil, volvieron á co-

Más al ir á tomar el mandil, volvieron á correr gruesas lágrimas por sus mejillas, y se acordó con angustia de cuando pateaba de ira al mandarle su mamá que se limpiase el calzado en la soledad de su cuarto y sin que nadie viese lo que hacia.

Cubierto ya con aquel lienzo, que el creia infamante, se puso á dar vueltas á la cola hasta que el carpintero se la pidió.

Poco despues dieron las doce; Cristóbal le mandó cubrir con una servilleta gruesa una mesilla coja, y sobre ella colocó el mismo maestro una gran cazuela de arroz con tocino y un pan moreno; puso despues en un plato una buena cantidad de arroz, y lo presentó á Arturo con una cuchara de madera y de una limpieza muy dudosa.

El pobre muchacho tomó el plato é intentó comer de él; pero no pudo lograr que su estómago, ni aún su paladar, admitiesen la más pequeña parte de aquel manjar, que era uno de los que más aborrecia en el mundo.

—¡Cómo! ¿Te haces el delicado, chico?—le preguntó Cristóbal, que comia á dos carrillos.

—No me gusta esto. . . .—contestó tímidamente Arturo devolviéndole el plato.

—Pues no esperes más regalos—dijo el carpintero; aquí no hay otra cosa.

—Comeré un poco de pan.

—El pan, si no va acompañado de alimentos sanos y calientes, hace daño á los niños, y á tí te pondria más encanijado de lo que estás.

Y esto diciendo, el terrible carpintero Cristóbal volvió á tomar el pedazo de pan que habia

destinado á Arturo, y se lo comió en dos ó tres bocados.

El pobre aprendiz empezó á sollozar; pero Cristòbal, sin alarmarse por tan poca cosa, tomò una enorme llave que pendia de un clavo, y al mismo tiempo cogió à Arturo de un brazo.

—Anda, muchacho, anda—le dijo empujándole hácia una puerta muy estrecha—anda, y en la cueva gemirás à tus anchas, y sin que me causes molestia alguna.

—¡Ah, por Dios, señor!—exclamó Arturo cayendo de rodillas á los piés del carpintero—¡Por Dios, le ruego que no me haga bajar á la cueva! ¡tengo mucho miedo á las arañas! ¡Yo seré bueno, trabajaré, no lloraré más! ¡Pero à lo ménos no me obligue usted á comer eso, que ni me gusta, ni lo podré tragar!

—Está bien—repuso Cristóbal volviendo á dejar la llave en su sitio—no te obligaré á comer lo que no quieras, porque estoy seguro de que muy pronto pediràs como un favor el alimento á que ahora haces tantos ascos. ¡Eh, á cepillar esta tabla!

Arturo, contento con haber escapado del encierro, se puso á ayudar á su maestro en el pesado trabajo que le habia encomendado, apénas podia su mano con el cepillo, y de su frente brotaba el sudor; pero el temor al castigo le daba fuerzas y trabajó toda la tarde con gran docilidad, si bien con poco fruto, pues estaba muy torpe.

Al anochecer le mandò Cristóbal volver á cubrir la mesa; y al momento que lo hizo, el mismo

carpintero colocò sobre ella la cena, que la componia una gran fuente de sopas.

Arturo nunca habia querido probar las sopas en casa de su padre, pero el ejercicio corporal y la circunstancia de no haber comido nada en todo el dia, le habian despertado tal apetito, que comió su parte hasta con placer.

Acabada la cena le dijo Cristóbal que le siguiera, y ambos subieron por una escalerilla que conducia á una especie de camaranchon, en un ángulo del cual habia una cama, en extremo miserable, y un jergon cubierto con unas sábanas muy gruesas y una manta vieja en otro lado.

El carpintero señaló este último lecho á Arturo, y encendiendo un cabo de vela de sebo, que dejó en el suelo, le mandò que se acostara, previniéndole que al dia siguiente tenia que levantarse con el alba.

Dicho esto saliò Cristóbal del camaranchon y bajó la escalera; á poco se oyó el ruido que hacia al cerrar la puerta de la calle.

Arturo temia que el carpintero le hubiera dejado solo en la casa, y se asomó á la puerta: pero nada oyò, y este silencio vino à confirmar sus temores; aterrado, lloroso, se atrevió á llamar en voz baja y temblorosa:

—¡Señor Cristóbal! ¡Señor Cristóbal!

El mismo silencio le respondió.

Volvió á llamar con más fuerza, y tampoco obtuvo respuesta.

Entónces, lleno de angustia, pues era muy medroso, empezó á llorar; pero su misma voz le es-

pantaba, y poco á poco fué bajandola, aunque aumentaban su pena y su sobresalto.

Absorto en su dolor, no advirtió que el cabo que le habia dejado el carpintero se consumia y la oscuridad le sobrecogió de repente, como un nuevo y formidable enemigo.

Entónces el pobre niño recordó las palabras que su buena madre le habia dicho tantas veces, cuando le reprendia por qué hacia estar á una criada junto á su lecho hasta que se dormia.

—Las oraciones ahuyentan el miedo, porque el ángel de nuestra guarda nos cubre con sus alas. Reza y Dios te acompañará.

Sentóse, pues, en el borde de la cama, empezó á rezar con fervor verdadero, y Dios le oyó como oye siempre á los niños que le imploran, porque bien pronto un sueño benéfico vino á cerrar sus párpados, y le hizo olvidar todos sus pesares.

Apénas hacia un cuarto de hora que dormia cuando se abrió la puerta muy despacito, y dos hombres aparacieron en el umbral, llevando uno de ellos una linterna en la mano. Acercáronse al aprendiz y le contemplaron por algunos instantes.

—¡Pobre hijo mio! ¡Como duerme!—murmuró el que no llevaba la linterna!—Veo aún en sus mejillas las huellas de sus lágrimas! ¡Cuanto habaá padecido.

—Valor, señor Bermudez—repuso el de la linterna, que no era otro que Cristóbal el carpintero:—ya sabe usted que lo que hace es sólo por su bien.

—¡Ay, Cristóbal! ¡Que es muy duro para un padre el tener que imponer tales correcciones á su hijo! ¡Yo padezco mucho más que él!

—No, pues lo que es el chico ha llevado hoy un mal dia: tal vez se quejará á usted de mi excesivo rigor, pues le amenacé hasta con bajarle á la cueva.

—¡Quejarse él!—No lo crea usted, Cristóbal: es fuerte, y además muy callado. ¡Así fuera dócil como es reservado y orgulloso!

—El se corregirá de sus defectos con la ayuda de Dios.

—Y con la de usted, Cristóbal. Jamás olvidaré que ha dejado su gran taller y sus obreros para venir á esta miserable casilla á desempeñar el papel que le he encomendado.

—¡Qué no haré yo por mi antiguo y querido amo, y más ahora que se halla en la desgracia? El taller queda al cargo de mi hermano, y ya sabe usted que es otro yo.

—Lo sé, Cristóbal; pero debo comunicar à usted una noticia que me parece le alegrará: van á darme un destino muy bueno en un de los Ministerios.

—¡Ah! ¿Deveras, señor?

—Sí: el Ministro, uno de mis mejores amigos, uno de los hombres más generosos que conozco, y me ha ofrecido mejorar mi suerte y hacer esta ventaja durable; pero salgamos, Cristòbal, pues temo que mi hijo despierte.

El buen padre besó suavemente las mejillas de Arturo, y salió, no sin volver muchas veces la cabeza para contemplarle.

Entre tanto que su hermano quedaba somotido á las duras pruebas que debian suavizar su carácter díscolo é irascible, Margarita desplegaba, al lado de su madre, todas las bellas prendas del suyo: jamás en tan tierna edad se vió otra criatura más complaciente, más laboriosa, más sufrida; levantábase muy temprano, y aseaba su misma alcoba, ayudando despues á su mamá en todos los quehaceres de la casa: viendo que su peinado ocupaba un largo rato cada dia-aprendió ella misma á disponer y limpiar sus ca, bellos del mejor modo posible; despues que concluia de llenar todos sus deberes, se sentaba á hacer labor cerca de su madre, sin alzar la cabeza, aun cuando aquella se levantase para atender á algun cuidado de la casa.

Esto justamente era lo que más admiraba, no sólo á todas las personas qne visitaban à sus papàs, sino tambien á una señora de edad y à su hija, cuya casa estaba situada enfrente de la de Margarita. La aplicacion de esta niña las tenia encantadas, porque es sabido que casi todas las niñas, así que se separan de su lado la maestra ó la mamá, ya no dan una puntada hasta que las oyen volver; esto, además de ser una desobediencia, es una falta vergonzosa, que indica muy poca delicadeza en las niñas que la cometen, pues da à entender que sólo el temor del castigo es lo que as hace trabajar, cuando la aplicacion debe ser efecto del convencimiento.

—¡Qué niña tan encantadora!—decia á su mamá la señorita vecina—¡Qué aplicada, qué dulce qué modesta es!

Un dia que repetia estas palabras miró casualmente Margarita hácia el balcon de la jóven, y ésta le hizo una señal para que le abriera.

La niña interrogó á su madre, y ésta abrió el balcon en seguida.

—¿Quieres venir á comer hoy conmigo, querida mia?—preguntó á Margarita la hermosa jóven.

—Si mamá me lo permite, con mucho gusto —respondió Margarita con aquella gracia y dulzura que la hacian dueña de todos los corazones.

—Mi hija y yo nos honramos mucho con esa invitacion, señorita—respondió la señora de Bermudez, con gratitud.

—De ese modo, señora, suplico á usted que nos haga el favor por completo—dijo á su vez la señora madre de la jóven—dé usted permiso á la niña para que deje por hoy su labor y pase à hacernos compañía.

Un instante despues, Margarita se hallaba en los brazos de sus vecinas.

—¿Cómo has venido sola, hija mia?—preguntó la madre de la jóven.

—Porque no tenemos criada, señora—respondió Margarita.

—¡Cómo!

—Mi papá ha sido rico, pero hoy es pobre y desgraciado. Mamá y yo hacemos todas las labores de la casa, y como estamos tan cerquita, me ha permitido que viniera sola.

La anciana y su hija enjugaron una lágrima

al oir el noble y sencillo lenguaje de la niña, y luégo la segunda procuró distraerla.

Despues de la comida, en la que Margarita dió pruebas de la más esmerada educacion y de la mayor compostura, avisó un criado que el coche esperaba, y las tres fueron conducidas al teatro en una magnífica berlina.

La anciana señora era la condesa viuda del Alamo, que vivia en aquel barrio solitario deseosa de hallar la quietud que sus años y sus achaques necesitaban; pero sus bienes eran tantos que, además de proporcionarle gran lujo y comodidad, le permitian socorrer, con pródiga mano, á muchas familias desgraciadas.

Desde aquel dia miró á la linda Margarita como á otra hija suya, y la llenó de regalos, remediando de este modo, con la mayor delicadeza, la pobreza de sus padres.

Llegó el dia 10 de Junio, en que la Iglesia celebra la fiesta de la santa reina de Escocia, Margarita; el calor no era aún sofocante, y la condesa y su hija debian salir para unos baños de Francia aquella misma noche.

Como dia de su santo, y como último que por entónces habian de permanecer en Madrid, Margarita lo pasó desde muy temprano en casa de sus amigas; éstas recibieron muchas visitas aquel dia, pues sus amigas querian saludarlas ántes de su partida; despues de comer, la condesa llamó á un criado para que llevase á la niña á su casa.

—Toma, Margarita—le dijo al despedirse; poniendo en el bolsillo de su delantalito de seda un papel enrollado—toma, hija mia, y dí á tus pa-

pás que este papel es el regalo que yo te hago por el dia de tu santo.

—Y estos son los mios—dijo la jóven dando á Margarita un estuche de terciopelo blanco y al criado un voluminoso paquete.

Luégo abrazaron ambas á la niña, que se fué á su casa con el criado.

Margarita, así que llegó á su habitacion, repitió las palabras de la condesa del Alamo y de su hija, depositando en la falda de su madre el estuche y el paquete, en tanto que su padre desdoblaba el papel que llevaba en el bolsillo.

Pero, ¡cuál fué su asombro al ver que era una donacion, hecha en toda regla, de una hermosa casa situada en la calle de Alcalá, y propiedad de la condesa!

—Mira—dijo con los ojos arrasados en lágrimas dando el papel á su esposa.

—Mira—dijo ésta á su vez presentando en el estuche abierto una cascada de diamantes.

Era un aderezo digno de una reina, y en el centro del estuche se leia:

«*Para Margarita, como premio de su dulzura y sumision.*»

El paquete contenia dos trajes de señora, de seda, y sobre ellos un rótulo con estas palabras

«*Regalo de Margarita, á su mamá en el dia de su santo.*»

Además de estos vestidos habia otros dos para la niña, de gran precio y de última moda.

El señor Bermudez y su esposa corrieron á casa de la condesa, que ya iba á subir á su carruaje.

—¡Señora—dijo la madre de Margarita—no podemos admitir tan enormes beneficios! Da usted á mi hija cuantiosas sumas, y seríamos culpables aceptándolas.

—Aún me quedan para la mia algunas más, querida amiga—repuso la anciana abrazando á la señora de Bermudez.—Dios quiere que sea Margarita el ángel bienhechor de sus padres, y no podía dar mayor recompensa á su carácter celestial; mañana vayan ustedes á vivir á su casa; muy temprano irá mi apoderado y les entregará un semestre que acaba de cobrar de los inquilinos y que de derecho pertenece á ustedes.

Y la buena señora, para sustraerse á los extremos de gratitud de los padres de Margarita, subió al carruaje, donde ya la esperaba su hija.

Acto continuo partió el coche al trote del brioso tronco.

Durante algunos instantes, dos pañuelos blancos, que asomaban por la ventanilla, hicieron á los esposos tiernas señales de despedida.

Al dia siguiente, y á eso de las siete de la mañana, la señora de Bermudez, vestida aún con su pobre traje, fué al taller de Cristóbal, acompañada de su esposo.

Diez dias hacia que se hallaba allí Arturo, y aunque en todos ellos no habia visto á sus papás, no creais, niños mios, que éstos habian hecho lo mismo con él; todas las noches habian ido los dos y le habian contemplado dormido, y acariciado enmedio de su sueño, derramando lágrimas amargas por el duro castigo que se habian visto obligados á imponerle.

Al verlos entrar aquella mañana se sonrió Cristóbal con malicia; pero Arturo, que à la sazon estaba de espaldas revolviendo la cola, de nada se apercibió.

—¡Muchacho!—dijo el honrado Cristóbal ahuecando la voz, segun su costumbre con el aprendiz—aquí hay unos señores que preguntan por tí.

Arturo se volvió sorprendido, y su madre corrió á abrazarle.

¡Cuàn mudado se hallaba el pobre niño! Su carita, àntes llena y rosada, estaba pálida y enflaquecida; á la orgullosa expresion de sus ojos y de su sonrisa habia reemplazado otra de triste resignacion, y sus manos, tan finas y suaves ántes, estaban ahora ásperas y embastecidas.

—¡Ah, papàs mios!—exclamó Arturo llorando ¿venís á llevarme con vosotros? Porque yo seré bueno y dócil, y no me quejaré ya de nuestra pobreza.

—Confiamos en tu enmienda, hijo mio, y te llevamos al lado de tu hermana, que desea mucho abrazarte—respondió su mamá.

En tanto el señor Bermudez puso un bolsillo de oro en las manos de Cristóbal.

—¡Pero señor!—exclamó éste admirado.

—Soy rico—repuso el señor Bermudez—y jamás podré pagar á usted, como debo, el servicio que me ha hecho.

Algunos instantes despues, Arturo se hallaba al lado de su hermana, que le abrazaba en una elegante habitacion en la calle de Alcalá.

—Tengo muchos deseos de llegar á casa—dijo Arturo—para ayudaros en todo.

—Pues ya estás en ella.

—¡Cómo!

—Sí, hijo mio—repuso el señor Bermudez—la fortuna nos sonrie otra vez; me han concedido un buen destino, y además poseemos fincas y riquezas, porque Dios ha premiado la virtud de tu hermana; pero enmedio de la prosperidad ruega á Dios por los pobres que viven sujetos á un trabajo penoso y asíduo; y si algun dia vuelve á llamar la desgracia á las puertas de nuestra casa, recíbela con resignacion, y dí, alzando los ojos y el corazon á Dios:

—¡Tuyos son, oh Señor, todos los bienes de la tierra! ¡Tú eres el padre de los mortales! ¡Bendita sea tu santa voluntad!

FIN DEL CARPINTERO

LOS PREMIOS.

Aproximábanse los dias de Pascua de Navidad, tan deseados por los niños, y los del Marqués del Prado estaban muy preocupados, hablando sin cesar de aquellas fiestas, tan esperadas y tan temidas al mismo tiempo por ellos.

—¿Por qué eran temidos por los hijos del Marqués aquellos hermosos dias, en que se comen sin cesar castañas asadas, turron y dulces? me preguntaréis, queridos niños, y yo os lo voy à decir.

Los hijos del Marqués eran tres: Luis de edad de once años; Alberto que contaba nueve, y Francisco, que acaba de cumplir ocho; de estos tres niños, el mayor y el màs pequeño eran dos prodigios de talento y viveza, mientras Alberto, que era el mediano, y sobresalia por su craácter torpe, encogido y casi tosco.

El padre amaba en primer lugar y con extrema preferencia á Luis, el mayor de todos, no

sólo por su talento y despejo, sino tambien por su belleza, que era muy notable.

Despues del primogénito, dedicaba todo su afecto á Francisco, que llevaba su nombre y era un modelo de delicadeza y distincion en sus maneras y en todos sus hábitos.

Mas para el pobre Alberto quedaba un lugar muy pequeño en el corazon paternal, motejábase sin cesar su torpeza, su voz bronca, y hasta la obesidad con que la naturaleza quiso dotarle, y que contrastaba con las esbeltas figuras de sus dos hermanos.

Estos, por su parte, le aburrian tambien con sus bromas: se burlaban de toda sus acciones, y jamás hacia el pobre muchacho nada que fuese pel agrado de su padre y hermanos.

Tal y tan continuada injusticia volvia de cada dia más huraño y grosero el caráter de Alberto; á los nueve años no hay en el alma fortaleza bastante para soportar y excusar la injusticia, y si Alberto callaba ante las continuas reprensiones de su padre, no hacia lo mismo al oir las burlas de sus hermanos, que recibieron más de un mojicon de sus robustos puños al saludarle con risas malignas.

Dos defensores tenia sin embargo, el pobre Alberto, y no poco poderosos ciertamente: era el uno su mamá, que le queria al igual de sus demás hijos, aunque no podia negar que los otros estuvieran dotados de prendas mucho más brillantes, y el otro, el preceptor de los niños, sabio y honrado anciano, que se llamaba D. Justo, y que consalaba á Alberto de todos sus sinsabores.

Oigamos una conversacion del preceptor y de la Marquesa en la habitacion de esta última, y ella nos orientarà del motivo por qué deseaban y temian á un mismo tiempo los niños las fiestas de Navidad.

Era una noche de las primeras del helado Diciembre, y el Marqués no habia vuelto aùn de una cacería, á la cual habia convidado á algunos amigos: los tres niños estudiaban sus lecciones pues acababan de dar las siete, y hasta una hora despues no podian abandonar la sala de estudio.

Ningun ruido turbaba la apacible tranquilidad del hermoso castillo de los Marqueses del Prado situado cerca de la humilde aldea de San Silvestre, porque la crecida servidumbre tenia órden de guardar el más absoluto silencio durante las horas de estudio de los niños.

—¿Conque, segun usted me asegura, don Justo—dijo la Marquesa—ya ha elegido mi esposo las tres pruebas á que se han de sujetar los niños para ganar los premios?

—Sí, señora—respondiò el preceptor.

—Pues á mí todavía no me ha dicho nada.

—A la vuelta de la caza lo notificarà á los niños en presencia de usted.

—¿Y puede usted adelantarme la noticia?

—Sì, señora.

—Veamos cuáles son estas tres formidables pruebas.

—¿Me promete usted no decirlo á los niños?

—Sí, señor; mi discrecion tiene poco mérito, porque sólo ha de durar algunas horas.

—Pues bien; sepa usted que las tres pruebas

son: 1.ª una accion meritoria y caritativa, segun la inspiracion de los niños; 2.ª un ejercicio de dibujo; y 3.ª un rasgo de verdadera grandeza de alma.

—Eso último me parece lo mas difícil.

—Y á mí tambien, señora.

—¿Qué ocasion han de tener aquí los niños de ejercer un rasgo de magnanimidad?

—Repito que me parece difícil, mas no obstante es preciso que las tres cosas tengan efecto para alcanzar los premios ofrecidos, que son hermosos, segun me ha asegurado el Marqués.

—¡Qué! ¿no los ha visto usted, D. Justo?

—No, señora.

Están en mi habitacion, porque yo debo ser quien los adjudique; se han colocado pomposamente en mi gabinete particular; allí tendrá lugar la ceremonia el primer dia de pascua.

—Mucho agradeceria á usted, señora, que me dijese en qué objetos consisten.

—Con mucho gusto; el primero, ó el designado para premiar la accion caritativa, es un reloj de oro con cerco de brillantes, pequeño y tan admirablemente trabajado en Ginebra que causa admiracion; este relojito tiene en la tapa, y formadas tambien con brillantes las armas de nuestra casa.

—Me parece muy bien el primer regalo; pasemos al segundo.

—El segundo, destinado al trabajo de dibujo, es una caja de nácar con incrustaciones de oro, llena de lápices, y una cartera de piel de

Rusia, con llave y cerradura de plata, que contiene una coleccion de modelos admirables.

—La eleccion hace honor al talento del señor Marqués.

—El tercer premio, ó el destinado à recompensar un rasgo de abnegacion ó de generosidad, consiste en un ejemplar de las obras del gran Fenelon, encuadernadas en terciopelo carmesí, con cortes de oro; todo esto está colocado en el centro de mi gabinete, sobre una mesa cubierta con un tapete de seda, y, como ya he dicho á usted, allí tendrá lugar la solemne adjudicacion

Aquí llegaban de su conversacion la Marquesa y D. Justo, cuando se oyó el galope de algunos caballos, que se detuvieron en la puerta del castillo, y poco despues entraron en el salon el Marqués y varios caballeros que le habian acompañado á cazar.

Estos saludaron á la Marquesa, y así que dieron las ocho, el Marqués llamò á un criado con la campanilla, y ordenò que avisase à sus hijos que los esperaba.

Poco tardaron en presentarse los tres niños, cuyo aspecto era muy diferente entre sí.

Luis, el mayor, era de alta estatura, de tez trigueña, hermoso cabello rizado, y rasgados ojos negros, llenos de fuego y altivez; en su porte todo se advertia el orgullo del heredero de una grande y opulenta casa, y en sus maneras cierta arrogancia templada por la más exquisita urbanidad.

Alberto entró despues de su hermano, y en verdad que ofrecia un penoso contraste; el pobre niño era bastante feo, y lo parecia màs á causa

de sus ojos vizcos, de su cútis señalado por las viruelas, de su boca grande y de su cara mofletuda: además, torcia mucho los piés al andar, lo cual hacia su paso tan torpe y dificultoso que provocaba á risa.

Francisco, el más pequeño, era un querubin, rubio y rosado, de ojos azules como el cielo, de largos y elásticos bucles dorados, que caian sobre sus espaldas y hombros, y cuya voz era dulce como el canto de un pájaro.

Este y su hermano mayor entraron con gran desembarazo, en tanto que Alberto se quedaba detrás tímido y cortado.

Los amigos de sus padres hicieron mil caricias á Luis y á Francisco, ponderando su belleza, su distincion y su gracia; pero nadie miró siquiera al pobre Alberto. Sólo su madre le llamó, le tomó la mano y le retuvo á su lado.

—Hijos mios—dijo el marqués dirigiéndose à los niños—os he llamado para haceros saber que dentro de veinte dias, á contar desde mañana, tendrá lugar un certámen, en el que se adjudicarán tres premios por mano de vuestra buena mamá; estos tres premios serán concedidos: 1.º A aquel de vosotros que ejecute la accion más caritativa. 2.º Al que presente el paisaje más perfecto y acabado hecho al lápiz. 3.º Al que ejecute una accion verdaderamente grande y magnánima. Don Justo tomará acta de todo cuanto hagais para conseguir los premios, y el dia del certámen se publicará en presencia del auditorio que será convidado para que tome parte en mi alegría y en la de vuestra madre, pues nada hay

màs grato para nosotros que el deber de recompensar vuestras virtudes. Ahora que ya estais enterados de la solemnidad que preparo para el dia primero de Pascua, retiraos para reflexionar lo que debeis hacer; y tened presente que, de los tres premios, hay dos destinados á buenas acciones, porque prefiero la bondad en las prendas del alma á la perfeccion en las habilidades mecánicas.

Los tres niños se retiraron á sus respectivos cuartos, llenos de temores y esperanzas Luis y Francisco, y Alberto sumido, al parecer, en su habitual insensibilidad.

Al dia siguiente, muy de mañana, Luis y Francisco se dirigieron al cuarto de Don Justo, rogándole que les diese sus consejos acerca de lo que primero deberian hacer.

—Queridos mios—respondió el buen preceptor—creo que lo más esencial es que cada uno de ustedes empiece su paisaje, en el cual trabarà todas las mañanas, y por las tardes saldrémos á visitar las cabañas de los necesitados, para hallar ocasion de ejercer la caridad.

Los dos niños convinieron en que esto era lo prudente, y se pusieron á pensar en el asunto que deberian elegir para sus dibujos.

—No es preciso que sean originales—dijo Don Justo—tengo órden de su papá para advertirles que se contenta con dos buenas copias, pues la tierna edad de ustedes no permite mayor exigencia; ya ven ustedes, pues, amiguitos, que todo consiste en la eleccion.

—De ese modo—dijo Luis—yo voy á copiar

aquel castillo feudal, al cual llega un caballero andante, que está á la derecha entrando en la galería de pinturas de papá, y que, segun me ha dicho, es obra del pintor Vanloo.

—Gran osadía es esa, mi querido Luis—repuso sonriendo el preceptor—quiere usted copiar nada ménos que al gran pintor de cámara de Luis XV de Francia; pero sea, no culparè yo jamás la hermosa ambicion del talento: el asunto es digno, inmejorable; ánimo, pues, y á trabajar.

—Yo—dijo á su vez Francisco—copiaré el valle y los pastores de Wateau.

—Pero, hijo mio, ¡no es posible que usted se atreva á copiar figuras!—exclamó asustado el anciano.—¡Y figuras de Wateau! ¿Sabe usted que los más grandes artistas no pueden copiar sus ideales pastores, ni el admirable follaje de sus árboles?

—¿Qué importa? Yo lo intentaré—respondió Francisco con arrogancia.

—Sea en buena hora; el marqués atenderá á la corta edad de usted, y es tan bueno, que no será exigente; pero—añadió el preceptor—¿dónde se halla Alberto?

—No le hemos visto todavía—dijeron los dos niños á la vez.

—Con él no hay que contar, añadió Luis; —ni habrà pensado en lo que anoche dijo papá, ni quizá lo habrá entendido.

—Son ustedes injustos con su hermano—observó con alguna seriedad el preceptor,—y yo deseo en el alma que se llevo alguno de los premios, lo que quizá sucederá, pues Dios es dema-

siado bueno para no alentar á esa infeliz criatura.

—¿Sabe usted cómo son los premios?—preguntó Francisco.

—Sí por cierto.

—¡Ah, Don Justo, querido Don Justo!—exclamaron los dos niños llenos de ansiedad—¡díganoslo usted por Dios!

—No puede ser—contestó gravemente el preceptor.

—¿Por qué?

—Porque no tengo permiso de su papá de ustedes.

—Pero no dirémos nada.

—No importa, nada sabràn ustedes por mì; conque, ea, á trabajar con buen ánimo á ver si salen dos copias, regulares siquiera, de Vanloo y de Wateau.

Y Don Justo, para sustraerse á los ruegos de los niños, tomó su baston y su sombrero, y se fué á dar su acostumbrado paseo de todas las mañonas.

—Luis y Francisco hicieron llevar sus caballetes á la galería de pinturas; los colgaron al frente de los paisajes que habian elegido, y se pusieron á trabajar con ardor.

Entretanto, Don Justo bajó por un sendero que iba á morir cerca del castillo y que llevaba por la izquierda á un vallecito plantado de álamos.

En el centro de aquel valle se levantaba una ermita pequeña, paro blanca y graciosa, una paloma entre un nido de verdura.

Aquella ermita estaba rodeada de algunos campos que, entre el verdor de sus orillas, mostraban una capa de nieve que picoteaban los pobres pajarillos hambrientos á causa de los rigores del invierno, que habia cubierto con su doble manto de nieve y hielo las semillas olvidadas por el laborioso labrador.

El sol se levantaba tras una pequeña colina, á cuyo pié se elevaba la ermita, é iba à quebrar sus rayos en la nieve, que derretia poco á poco, fingiendo á las aves un dia de primavera.

Don Justo se detuvo ante aquel bello paisaje; casi al mismo tiempo la campana de la ermita dió las nueve, hora en que se cerraba hasta la tarde, y en que el capellan, amigo de Don Justo, salia, despues de decir misa, á dar su paseito cotidiano.

Los dos amigos se saludaron cordialmente, y continuaron subiendo por el sendero à cuyo fin levantaba el castillo su orgullosa fachada.

De repente el capellan se detuvo sorprendido y Don Justo le imitó: al pié de un árbol muy grande, desnudo de sus ramas por los rigores de la estacion, se hallaba sentado Alberto en la postura más extrañamente original.

Tenia sobre sus rodillas una gran tabla cuadrada, en la que habia extendido un pliego de papel marquilla, y dibujaba lentamente, pero con tan sostenida atencion, que no advirtió la presencia de su preceptor y del capellan.

—¿Qué hace usted aquí, hijo mio?—preguntó D. Justo, apoyando su mano en el hombro de Alberto.

—Estoy dibujando—respondió éste lacónicamente.

—¿Es acaso para presentar un hermoso paisaje á su papá de usted?

—No me atreveria á eso, soy tan torpe, que nada podré hácer digno de enseñarse.

—No lo creo yo así—repuso el preceptor, que compadecia de veras á aquel pobre niño, al que nunca se le dirigia una palabra que lo animase y fortaleciese—vamos—añadió—véamos, querido Alberto, su dibujo de usted.

Pasó Don Justo por detrás del jóven dibujante y asomò la cabeza por encima de su hombro; mas apénas habia dirigido una mirada al papel, se escapó de sus labios una exclamacion de sorpresa y admiracion.

—¡Esto es marrvilloso!. . . —dijo con acento conmovido.—¡Qué exactitud! ¡Qué belleza en los contornos! ¡Oh! ¡venga usted, venga usted, señor cura!

El capellan se acercó, en efecto, y fijó los ojos en el dibujo, haciendo tambien expresivos ademanes de aprobacion.

—Lo que más me asombra en este trabajo es que apénas está principiado y ya se admiran en él los màs delicados detalles. ¡Este niño será un gran artista!

—Ea, mi querido Alberto, prosiga usted su obra con constancia, pues yo le aseguro que será una cosa admirable—dijo á su vez Don Justo—el señor cura y yo vamos á seguir nuestro paseo, para no distraerle.

El niño continuó dibujando y los dos ancianos se alejaron lentamente.

—Mi corazon rebosa de gozo—exclamó el preceptor cuando ya no pudo oirle su discípulo—todos en el castillo, ménos la marquesa, son injustos con ese pobre niño; pero yo reconocia en él admirables dotes para el trabajo; es cierto que sus hermanos poseen más brillantez de imaginacion y mayor destreza para toda clase de estudios; pero ninguno de los dos tiene la perseverancia y el aplomo de Alberto; ¡oh, amigo mio, este es un dia dichoso para mí!

Poco despues el capellan dejó á Don Justo en la puerta del castillo y se volvió á la aldea, donde habitaba una modesta pero limpia casita.

El primer cuidado del preceptor así que entró en el castillo, fué ir á la galería de pinturas para inspeccionar los dibujos de Luis y de Francisco, que trabajaban con cansancio desde ya hacia algun rato.

—Es preciso que dejen ustedes los lápices—dijo Don Justo—hay en ambos dibujos tirantez, falta de espontaneidad; en las bellas artes sólo se puede trabajar con gusto, y es inútil violentar la imaginacion; dediquémonos á otros trabajos, y á la tarde saldrémos á paseo, pues para las copias tienen ustedes sobrado tiempo.

Los dos niños se dedicaron à sus lecciones de latin, geografía y geometría, en las cuales fué pronto Alberto á tomar su parte acostumbrada.

Sus hermanos no le preguntaron si tenia empezado algun dibujo, pues no pensaban siquiera que

Alberto intentase entrar en competencia con ellos.

Hácia la hora de comer se fué encapotando el cielo, tan sereno por la mañana; poco á poco las nubes se convirtieron en un color blanco que invadió todo el cielo y que prometía una abundante nevada.

En efecto, ántes de levantarse de la mesa empesó á nevar con furia, y los niños se vieron obligados á renunciar á su paseo.

Su padre les preguntó que si ya habian elegido sus asuntos para los dibujos, y Luis y Francisco contestaron con arrogancia que ya se ocupaban de ellos.

—¿Y que habeis escogido?—tornó á preguntar el Marqués.

—Yo —dijo, Luis el efecto de la luna en la selva de Vanloo.

—¡Cóme! ¡Aquel paisaje del castillo feudal á cuya puerta llega un caballero á pedir hospitalidad!

—El mismo.

—Ciertamente, hijo mio, que has estado poco modesto = dijo el Marqués sonriéndose:—pero no importa, á los audaces ayuda la fortuna; ¿y tú? Francisco, en qué te ocupas?

—En copiar el valle y los dos pastores de Wateau.

—Ambas elecciones están en armonía con vuestro carácter y hasta con vuestro físico. Luis el valoroso, el arrogante, se inclina à un paisaje de noche y elige un castillo feudal y un caballero andante. Francisco, el dulce, el apacible, es-

coge un paisaje de Wateau: veamos el gusto de Alberto.

—Yo, papá, copio, el molino de la Aldea, las vacas negras de nuestros pastores y la colina donde pacen.

Una carcajada de los dos niños y un gesto de enfado de su padre siguieron á las palabras de Alberto: la Marquesa afligida, se retiró á su cuarto, y sòlo D. Justo sentia agitarse de alegría su corazon, presintiendo un triunfo muy cercano para su querido Alberto.

El paseo no pudo tener lugar á causa de la nieve, y la tarde se pasó, parte en estudiar, parte en leer y otra parte en jugar á las damas.

El temporal siguió cuatro ó cinco dias, por cuya razon quedaron del todo interumpidos los paseos y las visitas á las cabañas de los menesterosos.

Puede comprenderse la impaciencia de los niños, que mientras tanto trabajaban todo lo posible en sus dibujos, pues se aproximaba rápidamente el gran dia.

¡Mas ¡ay! que parecia que una nube fatal velaba la inspiracion de Luis, y de Francisco! por más de diez veces habian habian desgarrado uno y otro sus dibujos, y cada vez las copias salian más frias, más amaneradas, más defectuosas.

Nada era, sin embargo, más natural que aquel éxito desgraciado.

Los dos artistas, extraviados por una extrema presuncion que les era natural y que aumentaba cada dia con el loco amor y las alabanzas de su

padre, habian acometido una empresa muy superior á sus fuerzas y al estado de su instruccion.

Borrando, rehaciendo, rompiendo y derramando algunas lágrimas de ira, se pasaron hasta quince dias de los veinte prefijados por el Marqués para la adjudicacion de los premios.

—¿En qué estado llevas tú el dibujo preguntó una tarde Luis á Alberto.

—Lo he concluido,—respondió este con naturalidad.

— ¿Nos lo quieres enseñar? —preguntó Francisco.

—Con mucho gusto—respondió Alberto, y salió, volviendo despues con su paisaje en la mano.

Era una cosa admirable, fresca deliciosa; apenas se concebia cómo con el lápiz habia podido la mano de un niño de nueve años dar tal diafanidad al cielo, tal vigor á los árboles, tal claridad al agua, tanta suavidad al musgo; el paisaje, que era muy grande, representaba el hermoso valle, patria y cuna de los niños, con su castillo señorial al frente, su ermita á la izquierda, su florida colina, á cuya falda pacian las negras vacas de los arrendatarios: todo era bello, sencillo, verdadero, y el genio del niño lo habia embellecido más todavía, dando ramaje á los árboles desnudos por la nieve, rodeando de musgo la piedra de la fuente y retratando dos ó tres pajarillos que se bañaban las pardas plumas en las espumas de plata del agua murmuradora.

—¡Señor! ¡Dios mio! ¡Qué cosa es esta!—gritó D. Justo, cuyo corazon latia en su pecho lleno

de gozo supremo.—¡Hijo mio, Alberto! ¡Además de copiar del natural, cosa bien difícil, hay mucho de original en este soberbio cuadro! ¡Qué pájaros! ¡Qué sombra la de estos àlamos! ¡Y la ermita, con su torre y su gallo de bronce en la veleta! ¡Y esos rayos argentados de luz que reflejan en el agua! ¡Su cuadro de usted, hijo mio, basta para dar nombre á un pintor!

—¿Y los vuestros? ¿En qué van vuestras copias?—preguntó el artista à sus hermanos.

Ambos respondieron con lágrimas.

—Voy á proponeros una cosa—dijo Alberto; —yo haré esas dos copias por vosotros; no muy bien quizá, pero sí lo mejor que pueda.

—Quedan sólo cinco dias—repuso D. Justo: —más valdria que eligiesen otro asunto sencillo, tal como copiar un ramo de flores y retratar á Sultan, el gran perro de casa; usted, hijo mio, no puede trabajar tanto.

—Tampoco es justo, querido señor, que mis hermanos sufran la vergüenza de decir á papà que no han sabido copiar lo que se propusieron —dijo Alberto con entereza,—entre hermanos todo debe ser comun; y pues yo tengo más paciencia y más cachaza que ellos, nada más natural que para ellos las emplee.

Y Alberto tomó papel nuevo, y empezó en seguida la copia de la selva de Vanloo.

Dos dias despues terminó su trabajo, admirable, de una belleza que arrobaba los ojos, pues aquella copia de lo inmòvil le fué mucho más fàcil que su propio cuadro.

Sin descansar un instante emprendió el paisa

je de Wateau; y el que habia dado tan feliz cima à los dos dificilísimos trabajos anteriores, claro está que habia de salir airoso de la última prueba, que era la ménos arriesgada para aquel pulso firme, para aquella delicada percepcion de artista.

Cuando Alberto dejó el lápiz, su fealdad se habia aumentado: la fatiga, el insomnio—pues su afan de sacar à sus hermanos del grave apuro en que se hallaban no le habia dejado dormir—habian rodeado sus ojos de un círculo violado: tenia fiebre, y parecia agobiado con el supremo esfuerzo que habia impuesto à su voluntad.

El ángel de su guarda le habia sostenido en su penosa tarea; pero su cuerpo se rendia, pues habia salido en los últimos cinco dias por doce ó trece horas de incesante trabajo.

—Vamos, vamos, hijo mio, es preciso que usted salga á respirar el aire libre—dijo don Justo;—su cabeza está abrasada, y á pesar de la gran nevada que cubre el valle, un paseo le hará mucho bien; además, mañana es la reparticion de los premios, y, bien á pesar mio, aun no he podido consignar en la memoria que estoy redactando, ninguna accion generosa y caritativa.

Los tres niños salieron con su maestro despues de abrigarse con cuidado.

Luis y Francisco iban cabizbajos y tristes; al menos Alberto tenia la satisfaccion interior de haber hecho tres magníficos cuadros; pero ellos no habian hecho ninguno, ni habian socorrido desgracia alguna, ni ménos hallaban medio de

ejecutar la heroicidad que su padre les exigia para adjudicarles el tercer premio.

Así anduvieron cerca de media legua alejándose bastante del castillo; la tarde estaba muy nublada, y una gran cantidad de nieve, helada ya, cubria el suelo.

Era el dia de Natividad; y la naturaleza desataba sus rigores, lo mismo que aquella noche en que nació el Niño-Dios en un pesebre.

Los hijos del Marqués, sumidos en la tristeza, ni aun pensaban en la suculenta y alegre colacion de aquella noche, ni en los rabeles y zampoñas que debian tocar delante de un hermoso Nacimiento, regalo de su mamá en el año anterior, y que debia resplandecer brillantemente iluminado.

De repente, D. Justo, que iba delante, se detuvo, é hizo seña á sus discípulos de que se acercasen; mas ¡cuál sería su asombro al hallarse con una mujer y un niño casi enterrados en la nieve!

Luis y Francisco se miraron y se comprendieron: ya habia parecido la ocasion de la accion generosa.

Los dos echaron á correr á la aldea vecina para pedir socorro; pero Alberto se arrodilló junto al niño, empezó á despojarle de la nieve que le envolvia, quitóse su capotillo guarnecido de pieles, y tomando en sus manos al inocente—que podria tener cuatro años—le abrigó con él y dijo á D. Justo:

—Este niño se morirá de frio si se queda aquí por más tiempo, y voy á llevarlo al castillo.

—¡Pero, querido alberto, usted se ha quedado

desabrigado del todo, y va á coger alguna pulmonía!

—No lo querrá Dios—repuso el heróico niño andando ya hácia el castillo.

—Yo llevaré el chiquitin, soy más fuerte que usted.

—Usted es anpiano y està achacoso; sólo le ruego que se me adelante y diga á mi mamá que prepare una cama bien caliente y haga llamar al médico para que vea à este pobre niño.

D. Justo obedeció, y una hora dsspues de haber llegado él, y cuando volvia en busca de Alberto, vió llegar á éste casi exánime de frio y de fatiga: depositó al niño en los brazos de su madre y cayó al suelo privado de sentido.

Poco despues llegaron Luis y Francisco, acompañados del capellan, y anunciando muy ufanos que la pobre mujer, madre del niño, quedaba acostada en casa de un aldeano.

Al dia siguiente, y á las once de la mañana, el salon de los marqueses del Prado se hallaba lleno de una concurrencia tan lucida como numerosa, pues todos los señores de la cercanías habian sido convidados para la gran solemnidad.

La Marquesa, vestida elegantemente, estaba sent da delante de la mesa en que se hallaban los tres premios; á su lado se veia á don Justo, que tenia en la mano la relacion exacta de lo ocurrido, aunque atribuyendo las dos copias de la galería de pinturas àLuis y á Francisco, segun el deseo de su hermano.

A la derecha de la Marquesa estaba su esposo, junto, á éstea y costado en una linda cuna de

caoba, con cortinas de gasa blanca, se veia al niño salvado por Alberto en la tarde del dia anterior.

Finalmente, á la izquierda de la Marquesa, se hallaban en pié, y vestidos con preciosos trajes nuevos, Luis y Francisco, y al lado del primero, Alberto recostado en un ancho sillon, pálido, abatido y envuelto en una bata de terciopelo.

Detrás del sillon del niño se apoyaban el médico del castillo y el capellan.

Dióse principio al acto leyendo Don Justo su relacion con voz grave y reposada, y sèguidamente el marqués se levantò y dijo con acento firme:

—Premio destinado á una accion generosa, que se adjudica á Alberto María Augusto de Prado y Silva, por haber salvado con peligro de su vida, pues se hallaba ya gravemente enfermo, segun dictámen del facultativo, á un niño de cuatro años, que perecia entre la nieve del valle.

La marquesa se levantó y fué à suspender del cuello de su hijo enfermo la rica cadena que sostenia el reloj guarnecido de diamantes; todos vieron correr gruesas lágrimas por sus mejillas, arrancadas ya por la alegría de premiar á su hijo, ya por el dolor de verle enfermo.

Una salva de aplausos llenó el salon, y los ojos de Alberto lanzaron un rayo de alegría.

En seguida el marqués desdobló los tres dibujos y los examinó con el ojo certero de un gran artista, pasándolos despues à la concurrencia, que los examinò á su vez.

La voz del marqués se dejó oir de nuevo grave y sonora, diciendo:

—Premio destinado al mejor paisaje al lápiz, que se adjudica á Luis María Fernando de Prado y Silva, por su bello trabajo, copia de un cuadro de Vanloo.

Luis, con aquella viveza irreflexiva que le era natural, se arrojó en los brazos de Alberto llorando á lágrima viva.

La marquesa le llamó y le entregó la preciosa caja de lápices y la rica cartera llena de modelos.

El marqués se volvió á una mesa que tenia detrás, tomò de ella un soberbio álbum con tapas de concha y oro lleno de magníficas acuarelas, y lo puso delante de la marquesa.

Luégo continuó:

—Premio, aumentado por mí, para recompensar el admirable paisaje copiado del natural por Alberto María Augusto de Prado y Silva.

La marquesa puso en manos de su hijo aquel segundo premio.

El marqués se volvió de nuevo á la mesa que tenia à su espalda y tomó de ella una estatua de Apolo, do pórfido y de tamaño pequeño, que colocó tambien delante de la marquesa.

Al ver la estatua, el corazon de Alberto latió con violencia; lo que más amaba en el palacio de su padre era aquella figura, obra maestra de arte; y cuyo mérito adivinaba el sorprendente genio del niño.

El marqués continuó:

—Premio, aumentado por mí, para recompensar la linda y acabada copia del valle y pastores

de Watean, ejecutada por Francisco María Alfredo de Prado y Silva.

La marquesa puso la estatua en las manos de su hijo menor.

¡Pero cuál no sería la sorpresa de todos al ver á éste y á su hermano primogénito arrodillarse poniendo sus premios á los piés del doliente Alberto!

—¡Hermano mio, mi querido hermano!—exclamó Luis derramando lágrimas—¡no quiera Dios que yo cometa nunca bajezas indignas de nuestro padre, de nuestro nombre y del ejemplo que tú me has dado: tuyo es mi premio, pues tuyo tambien es el dibujo premiado, y que yo consentí en apropiarme temiendo la vergüenza de verme desairado; ahora conozco que es mejor pagar la pena de mi presuncion que rebajarme con una indignidad á tus ojos.

—Yo digo lo mismo, hermano mio—añadió Francisco—papá y Don Justo nos han dicho muchas veces que Dios todo lo sabe y que descubre á los embusteros y á los culpables; tuyo es el premio, y ¡ojalá la alegría de poseer el Apolo, que tanto deseabas, te devuelva la salud!

El marqués levantó á sus hijos, y los estrechó repetidas veces contra su pecho. Luégo sacó otros dos ejemplares de las obras de Fenelon, impresos y encuadernados de idéntico modo que el que se veia sobre la mesa, y dijo:

—Premio concedido á una accion grandiosa, que adjudico á Luis, Alberto y Francisco; al segundo, por su heróico desprendimiento en trabajar hasta ponerse enfermo, á fin de que sus her-

manos consiguiesen una honrosa recompensa; al primero y al tercero, por su valor y honradez en confesar una falta, que podia quedar oculta, al ménos por mucho tiempo.

La marquesa entregó á cada uno de sus hijos un ejemplar de las obras de Fenelon, y Luis y Francisco se quedaron con sus premios, como regalo de su generoso hermano.

—Señores—dijo el marqués—hoy pasarémos el dia juntos, porque mañana marcho á Roma con mi esposa, mis hijos, Don Justo, el doctor y el capellan; el aire tibio de Italia restablecerá la quebrantada salud de mi Alberto y hará desplegar á su genio las blancas alas. Dios me dice que será un gran pintor.

La esperanza del buen padre se ha cumplido: Alberto es hoy uno de los más célebres pintores del mundo cristiano.

FIN DE LOS PREMIOS.

LA PRESUMIDA.

La señora de Mendoza, viuda ya desde hacia siete años, tenia una graciosa niña que contaba doce.

Virginia, que éste era su nombre, era buena, aplicada, veraz; trabajaba con placer en todo cuanto se le enseñaba; cuidaba con esmero de su ropa y de sus alhajas, y por esta causa su mamá tenia gusto en vestirla con lujo y elegancia.

Sin embargo de todas sus bellas cualidades, aquella jovencita era insoportable; en ninguna casa la acogian con gusto; todos evitaban, tanto como lo permitia la buena educacion, el convidarla á tomár parte en las diversiones de los niños, y cuando la invitaban era solo por compromiso ó por atenciones á su mamá, que era una señora de amabilísimo trato y distinguido talento.

La causa de este desvío, de esta antipatía hácia Virginia, eran su excesiva vanidad y su ex-

cesiva vanidad y su extrema presuncion; cuando se hablaba de belleza, conocíase en su semblante y en el movimiento de sus ojos que se creia la niña más hermosa del mundo; si se hablaba de elegancia, echaba una mirada de complacencia sobre su traje, extendiendo pomposamente sus pliegues; si versaba la conversacion sobre instruccion y habilidades, ella hallaba medio de encomiar las muchas horas de estudio que tenia cada dia, los bordados que habia concluido, y hasta la última pieza de música que habia compuesto.

Todo esto era, además de inconveniente, dicho con un tono de superioridad que ofendia á todos los presentes, y en particular á las niñas de su edad; pero éste era cabalmente el objeto de Virginia, que gozaba rebajando á todos los que habia en derredor suyo, y se decia muy satisfecha:

—¡Qué humillados les han dejado mis palabras! ¡De seguro que desde hoy me miran como á un sér superior!

Pero ¡cuánto se equivocaba la pobre niña! Apénas se retiraba, se burlaban de ella, la satirizaban sin compasion y la sometian á la crítica más mordaz; porque habeis de saber, queridos niños, que todas las personas del mundo tienen su dignidad y su amor propio, y que nadie gusta de verse rebajado, aunque sea por un sér muy superior.

Cuando una persona de verdadero mérito quiere darse aire de superioridad, se olvida aquel y se le buscan sus defectos para vengarse de lo que se juzga un insulto; ¡qué será, pues, cuando

la vanidad reside en una niña, cuya educacion apénas ha empezado, y que no conoce nada del mundo ni de las personas?

Por eso, cuando Virginia entraba en una casa, todos los presentes se miraban haciendo un gesto de disgusto.

—Ya está aquí la fastidiosa—decia una señora al oido de la que tenia al lado.

—Hasta el verla me incomoda—murmuraba otra.

—¡Qué aire tan petulante!

—¡Qué miradas!

—¡Parece que todos somos nadie para ella!

—¡Si yo fuera su madre, ya le quitaría esos humos!

Las niñas y niños no criticaban ménos á al presumida.

—¡Miremos lo que hemos de hablar, porque está ahí la doctora!—decia á sus compañeras una niña de su edad.

—¡Qué ruido viene haciendo con su vestido de seda!

—¡Qué derecha y erguida va!

—¡Cualquiera diría que se almorzó un asador.

Sin embargo, tal vez el ruido del traje de Virginia era casual; quizá la extremada gallardía de su persona, alta y esbelta, era llamada *tiesura* por sus enemigas las niñas, que estaban aburridas de su vanidad y tontería.

Su mamá le reprendia muchas veces, porque veia con dolor que ella tenia la culpa de aquella aversion general, que cada dia se hacia mayor, pues habia corrido ya la voz de los defectos de

Virginia, y hablaban de ella hasta los que no la conocían.

Un dia de su santo su mamà convidó á comer, no á las amigas de Virginia, porque ésta no las tenia, sino à las niñas de las familias á quienes trataban.

—Vas á ver cómo casi todas se excusan—dijo á Virginia su mamá—ha corrido la voz de tu altivez, de tu mal carácter, y nadie querrà venir á hacerte compañía en el dia de tu santo.

—¡Qué disparate, mamá! – respondió Virginia con aire de suficiencia—no lo creas; ya verás cómo todas se apresuran á venir para disfrutar de nuestro convite.

—Allá veremos, pero no lo espero; nadie quiere que se le rebaje, y pensarán que el venir á pasar un dia contigo ha de ser para oir la eterna letanía de los elogios que incesantemente prodigas á todo lo tuyo, y hasta á tì misma: tienes muy pocas simpatías, Virginia, y tuya es la culpa.

—¡Mia! ¡En verdad, mamá, que no te comprendo! ¿No me has dicho muchas veces que es una virtud el estar cada uno contento con su suerte?

—Es cierto; pero oye la diferencia que hay entre uno y otro: el estar cada uno contento con lo que Dios le da, es modestia, conformidad; el estimar sobradamente nuestra posicion, nuestros trajes, nuestras joyas, es vanidad, es presuncion, y áun esto es más disimulable cuando nuestra satisfaccion se encierra en los límites de un prudente silencio; pero no cuando mortificamos à

todos haciendo alarde de nuestro exagerado aprecio por todo aquello que nos pertenece. Conténtate con lo tuyo: pero no obligues á los demás á admirarlo sobre todas las cosas.

—Desde hoy, mamá mia, te prometo ser más modesta—dijo Virginia, que habia oido con atencion los prudentes y cariñosos consejos de su madre—veo que tienes razon, porque ayer fuí á dar los dias á Clotilde y me enseñó una multitud de regalitos de sus amigas, recibidos todos en el mismo dia para solemnizar su cumpleaños: Marta le envió un rico acerico bordado por su mano. Sofía un cuello con sus puños correspondientes. Julieta una sortija de oro. María una elegante sombrilla, y Anita un lindo pañuelo guarnecido de encaje.

—Eso es porque ella tiene las cualidades de una excelente amiga: es dulce, amable, obsequiosa, indulgente, y á su vez dedica algun rato á trabajar en alguna obrita para obsequiar á las niñas que trata. Tú, mi pobre Virginia, serás hoy cruelmente castigada por tu egoismo; ninguna dulce memoria ha venido á alegrarte en tu dia, y únicamente puedes enseñar el vestido de seda celeste que yo te he regalado. Sólo el corazon de una madre es capaz de perdonar siempre; no olvides esto, hija mia, y tendrás más consideraciones para los demás.

La señora de Mendoza fué interrumpida por la llegada de su camarera, que traia en la mano un lindo ramo de flores y una carta.

—Esto han traido para la señorita—dijo dando á Virginia ambas cosas.

Los ojos de la niña brillaron de alegría; le parecia que respiraba mejor desde que tenia en su poder aquel dulce y perfumado recuerdo; porque, á pesar de los imprudentes alardes de su indiferencia, gustaba de ser querida, como nos sucede á todos.

—¿Quién ha traido esto?—preguntó admirada la señora de Mendoza.

—Un mozo de esquina—respondió la camarera.

Virginia frunció el ceño; su vanidad le habia hecho esperar que fuese el lindo ramo regalo de alguna niña de opulenta familia, y el portador un lacayo con lujosa librea.

—¿Es posible, hija mia, que así te entregues á las puerilidades de la vanidad?—exclamó la señora de Mendoza, quien, como madre y mujer de mundo, leia en el corazon de su hija—vamos, añadió, abre la carta y sepamos de quién es este lindo presente.

Virginia abrió el billete, que estaba escrito en letra menuda, clara é igual, y leyó lo que sigue:

«Querida amiga: Doy á usted los dias de su santo, deseándole continúe siempre la felicidad de que disfruta al lado de su buena madre, y le remito como significacion de mi afectuoso recuerdo, ese humilde ramo de flores, que he cortado de las macetas que yo misma cuido; quisiera que valiese mucho más, pero usted sabe que no tengo nada que ofrecerle, pues la pobreza es enemiga hasta de los dulces afectos del corazon; si esas violetas y esas rosas alcanzan la honra de adornar hoy los hermosos cabellos de usted, se

considerará muy dichosa su sincera amiga y S. S. Q. B. S. M.

CARMEN TORDESILLAS.

—¡Por qué me llama amiga esa muchacha?—exclamó Virginia con malísimo humor, y arrojando sobre la chimenea el lindo y perfumado ramillete, que era humilde, pero fresco y gracioso.

—¿Y qué mal hay en ello?—dijo su madre mirándola severamente.

—¡Mamá, yo creí que una bordadora de profesion no podia ser amiga mia!

—¿Por qué razon? ¿No es una jóven bien educada, hija de un médico?

—¡Pero borda para las tiendas!

—Por atender al cuidado de su madre enferma, viuda y pobre! ¿son acaso ménos frescas y bellas esas flores, porque vienen de la mano de una bordadora, que lo serían si viniesen de la hija de un conde?

—Pero, mamá....

—Ten por cierto, hija mia, que ese modesto regalo será el único que recibas hoy.

—¿Tal piensas?

—Y así sucederá; ahora bien, siéntate á esa mesa, toma papel y escribe convidando á Cármen á comer con nosotras.

—¡Oh, mamá!—exclamó la jóven cuyo rostro se encendió como una amapola—¡es posible que pienses en eso! ¿qué dirán las demás diñas á quienes hemos invitado?

—Dirán cuanto quieran pero Cármen merece esta distincion; es una niña encantadora que, á

la tierna edad de trece años, reúne el juicio más sólido á la más delicada dulzura y á la mejor educacion; es decir, que en lo que depende de ella, es un modelo de perfecciones; si es pobre, no lo es por su gusto; siéntate, pues, y escribe lo que yo te diga.

Virginia cayó y obedeció á su madre; pero sus cejas contraidas y el color encendido de su rostro demostraban, hasta la evidencia, el mal humor que sufria; por fin escribió, dictándole su madre, el siguiente billete:

«Mi querida amiga: Acabo de recibir el lindo ramillete que ha tenido la bondad de enviarme y que estimo en tanto más, cuanto que sus flores han sido cultivadas por usted.

«Para que juzgue del efecto que hacen en mis cabellos sus rosas y sus violetas, le suplico se sirva acompañarnos á comer á mi mamá y á mí: estarémos solas.»

—¡Solas, mamá!—exclamó Virginia deteniéndose—¿pues y los diez y seis billetes de convite que hemos enviado?

—Estarémos solas—repitió la señora de Mendoza—ponlo así.

—Ya está—dijo Virginia estampando en el papel aquella frase tan dura para ella.

—Termina la carta con las fórmulas de costumbre y ciérrala.

—«Mi mamá—continuó escribiendo la niña—saluda á usted y á la suya, y yo me ofrezco su amiga.

VIRGINIA DE MENDOZA.»

—Aquí te falta añadir á la palabra *amiga*, la

frase *y segura servidora que besa sus manos*—dijo la señora de Mendoza devolviendo la carta á su hija.

—¡Pero, Dios mio! ¡He de poner yo esa á una bordadora!—exclamó Virginia casi llorando de impaciencia.

—Ella lo ha puesto en su billete.

—¡Pero ella no es una igual á mí!

—¡Seguramente! Te es muy superior en todo: vamos, no puedes dispensarte de añadir ese fórmula de buena educacion.

Virginia tomó suspirando la carta y escribió llorando las seis letras mayúsculas que formaban aquel cumplido tan amargo para ella.

¡Virginia de Mendoza, la rica, la bella, la encantadora é incomparable Virginia, confesarse servidora y besar las manos de una jóven que bordaba por oficio! ¡Oh! ¡Habia para morirse de pena!

Tal pensaba, al ménos nuestra jovencita, mientras su madre entregaba à un lacayo el billete para Càrmen.

—Reserva el vestido azul para la noche, hija mia = dijo á Virginia su madre = y para recibir y comer ponte el de muselina de lunarcitos, hay que tener consideracion á la pobreza de tu convidada, y á la noche podrás lucir el nuevo en nuestro palco, al cual acudirá no poca gente á cumplimentarte.

—Yo no te comprendo, mamá—dijo Virginia —¿no dices que hoy no vendrá nadie á pasar el dia con nosotros?

—Nadie más que Cármen.

—¿Y que esta noche irá gente á nuestro palco para cumplimentarme?

—Ciertamente.

—¿No se han llevado, pues, á sus destinos los billetes de invitacion?

—Todos.

—Entonces....

—Las que se llaman tus amigas no querrán sufrirte todo el dia, porque no tienen placer en comer contigo; pero tendrán placer en ver la representacion y la concurrencia del teatro é irán á él: además, desearán ver el traje que te he regalado hoy, aunque no sea más que para criticarlo, y la curiosidad las llevará allá.

Virginia quedó pensativa, y su madre la dejó sóla con sus reflexiones, saliendo á dar algunas órdenes.

A las doce quedó terminado el tocador de la jóven, bajo la presidencia de su madre, que habia resuelto que empezase, desde aquel dia, la enmienda de Virginia.

Esta llevaba un sencillo traje de muselina blanca, con lunares muy pequeños; en sus cabellos, peinados lisos, no habia más adorno que dos rosas y algunas violetas de las del ramillete de Cármen; el ramo, aunque un poco más pequeño, se volvió á arreglar cuidadosamente, y se puso en una copa de porcelana llena de agua.

A las dos llegó Cármen acompañada de su madre, que era una señora de aspecto débil y enfermiza; saludó afectuosamente á la señora de Mendoza y á Virginia, á las que dió gracia por la deferencia que habian tenido con su hija con-

vidándola à comer; y despues de un rato de conversacion se despidiò, encargando que no le enviasen demasiado tarde à su Cármen, pues le hacia suma falta para que la ayudase á acostar, á causa de la parálisis que padecia en el lado derecho.

La madre de Virginia la despidiò afectuosamente, pesarosa de no poder convidarla á comer; más para su plan de aquel dia, no le era posible tener testigos.

La orgullosa Virginia recibió con mucha frialdad á su convidada; era esta una jóvencita de trece años, de rostro muy bonito é interesante, de maneras dulces y modestas y porte distinguido; llevaba un traje usado de seda; pero bien arreglado á su tallo flexible y elegante; sus cabellos rubios y abundantes estaban peinados con mucha gracia.

Toda la frialdad de Virginia no bastó para cortar á Cármen y hacerla ruborizar de su humilde traje; ésta trataba á aquella como á su igual, porque efectivamente lo era; hija de un médico de la armada, habia perdido á su padre tres años ántes, es decir, cuando más falta le hacia para su educacion; pero su buen natural habia suplido en parte esta irreparable falta, y lo que estaba aprendiendo como un adorno llegò á ser un precioso recurso para su madre y para ella.

El dia se pasó efectivamente sin que las amigas de Virginia fuesen á felicitarla ni á disfrutar de su convite para comer; ya cerca de la hora de sentarse á la mesa se recibieron varias car-

tas que entró la camarera, y que la señora de Mendoza fué abriendo sucesivamente.

La primera decia así:

"Mi querida amiga: agradezco en el alma el convite de vd.; pero he sido atacada ayer de un fuerte constipado y la tos no me deja ni un instante de reposo.

"Es para mí una verdadera desgracia el verme privada de su grata compañía en el dia de hoy, y crea que lo siente en el alma su buena amiga

Clotilde."

—Veamos otra—dijo la señora de Mendoza dando aquella carta à su hija ytomando la que le seguia, concebida en estos términos:

"Mi amada Virginia: una torcedura en un pie me impide disfrutar hoy de su amable invitacion esté usted segura de que lo siente con todo su corazon su buena y sincera amiga

Sofía."

Todos los demàs billetes decian lo mismo; poco más ó menos: una niña se excusaba, á imitacion de Clotilde y Sofía, con que tenia jaqueca; otra con un fuerte dolor de estómago, y todas en fin, enviaron sus disculpas acompañadas de una tarjeta de cumplimiento.

¡Que vergüenza para Virginia! Cuando acabó de leer todas las cartas, dos gruesas lágrimas corrian por sus mejillas, encendidas con el fuego del rubor y la indignacion.

Su madre, compadecida de su pena, la llevo cerca del balcon, y la abrazó enjugando sus lágrimas.

—Vamos, valor, querida mia—le dijo—yo sabia que esta prueba sería dura para tí, más espero que te curará.

—¡Ah!—exclamó Virginia.—¡Jamás volveré á saludar á ninguna de esas groseras!

—Y harás muy mal—repuso su madre—no es este el medio de que recobres el afecto que, á decir verdad, has perdido por tu causa; para ser amados, hija mia, necesitamos ser amables; y es en vano que pensemos castigar los desprecios que se nos hagan con otros desprecios mayores. Virginia, sólo una madre lo disimula todo y perdona siempre; los demás, que no están sujetos á los santos afectos del corazon, los dan únicamente á quien sabe conquistarlos. Vamos, valor, pobre hija mia, y creeme porque yo soy la única persona que no puede engañarte; vuelve al lado de Carmen, tràtala como á tu mejor, ó más bien como á tu única amiga, pues que ella te ama, y acabemos de pasar este dia de pruebas y decepciones.

Hablando así, aquella noble madre llevó á su hija al lado de la jóven bordadora, que se entretenia hojeando un álbum. Virginia se sentó à su lado con rostro afable, y como en bellas artes era verdaderamente instruida é inteligente, explicó con placer á su amiga todo los países de donde estaban tomadas las vistas; luégo, para divertirla tocò en el piano una linda sonata, y por último le enseñó varias cajas de juguetes y dulces que tenia en su gabinete de recreo, regalándole una de cada clase, de las que pensó podrian haberle gustado más.

La infancia es expansiva, y Virginia y Car-

men pertenecian aún á esa dichosa edad; bien pronto un sincero sentimiento de afecto y simpatía las identificó; visitaron juntas la pajarera, el jardin y el palomar, y entretenidas con estas distracciones y con un rato de agradable conversacion, llegó la hora de comer.

Virginia olvidó, durante la mesa, el desaire que habia recibido, y como realmente era una niña de exquisita educacion y muy distinguida en sus maneras, hizo admirablemente los honores á su convidada.

Poco despues de tomar café, Cármen manifestó que deseaba retirarse para acompañar á su mamá, y se despidió de Virginia y de la señora de Mendoza.

Aquella la acompañó amablemente hasta la escalera y la abrazó, dejando convenido que en adelante se llamarian de tú, como dos buenas amigas que eran ya.

—Ahora, hija mia, ponte el vestido celeste y tu corona de jazmines y vàmonos al teatro—dijo á Virginia su mamá—quizá veas en él á alguna de las que no han podido venir á comer con nosotras á causa de su enfermedad; pero ten cuidado de no ponerlas mal semblante; no hay mejor castigo de la grosería que una amable indiferencia, pues demuestra à los que la han cometido que no nos han podido humillar.

Virginia se vistió con el traje regalado por su madre, y estaba, al presentarse en el teatro, en extremo linda; en la mano llevaba el ramillete presente de Cármen, y único obsequio que habia recibido aquel dia.

Así que se sentaron en el palco, Virginia tendió sus ojos por toda la extension del teatro, y el subido carmin que volvió á cubrir sus mejillas, dijo á su madre que sus presentimientos se habian realizado.

En efecto, en otros palcos, y algunas en las butacas, estaban todas las niñas invitadas por Virginia á comer, y que ni siquiera se habian tomado la pena de ir á visitarla.

—¡Oh, ese es el olmo del descaro!—exclamó aquella.—¿No sabian que yo habia de venir aquí?

—Cuando no hay afecto hácia una persona, muy poco importa disgustarla—respondió su madre—más bien han pensado en mortificarte con su desprecio, que en que tú, á su vez, podias despreciarlas por groseras; pero salúdalas á todas con más amabilidad que de costumbre.

Virginia siguiò las advertencias de su mamà; al primer entreacto entraron á verlas tres de las supuestas enfermas.

—Estás elegantísima esta noche—dijo á Virginia la burlona Julieta para obligarla á que se envaneciera y para ponerla en ridículo.

—No tal—repuso aquella con dulzura—mi vestido es muy sencillo y de poco precio; aunque, en verdad, yo le estimo mucho por ser regalo de mi querida mamá.

—¡Tu prendido es precioso!—exclamó otra de las niñas llamada Mercedes.

—Es que tú le favoreces; me parece mucho más elegante el tuyo de rosas.

Las dos burloncillas se mordieron los lábios; estaban derrotadas.

—Tienes en la mano un lindo y fresco ramillete—añadió la tercera.

—Te lo ofrecería—repuso Virginia—aunque es muy humilde; pero lo tengo tambien en gran aprecio, porque es regalo de mi mejor amiga.

—¡De tu mejor amiga!

—Sí. ¿Pensais que yo no tengo amigas tambien? Me lo ha regalado una jòven que es bordadora, y que hoy ha tenido la bondad de acompañarnos á la mesa á mamá y á mí.

Las tres niñas se volvieron á sus sitios maravilladas de la metamórfosis de la vanidosa, de la petulante Virginia, que habia dicho que su vestido era de poco costo, que era más elegante que el suyo el prendido de Mercedes, y que tenia por amiga á una bordadora.

Cuando se hallaron en casa, de vuelta del teatro, la señora de Mendoza y su hija, dijo ésta á su mamà:

—Me parece que soy dichosa desde que puedo decir: ¡tengo una amiga!

—Lo creo—repuso su madre—los helados goces de la vanidad jamás han compensado los afectos del corazon.

Al acostarse Virginia aquella noche sintió que su cabeza estaba pesada y su garganta seca; pero por no asustar á su madre no quiso decirle nada: al dia siguiente trató de levantarse, mas en vano: su frente ardia; una fuerte calentura la habia postrado, y apénas oia, enmedio de su aletargamiento, lo que pasaba en derredor suyo.

Su madre, llena de angustia, enviò á buscar á nu mêdico, que la tranquilizó, diciéndole que

Virginia tenia viruelas, pero de una especie muy benigna.

Apénas habia salido el doctor entró Cármen á ver á su amiga; la doncella le habia dicho desde el balcon—pues eran vecinas—la enfermedad de Virginia, y venia á acompañarla.

—¡Ay, hija mia!—exclamó la señora de Mendoza—ruego á usted que se retire, porque Virginia tiene viruelas.

—¡Retirarme, señora! ¿y por qué?

—Porque podria usted contagiarse de la misma enfermedad.

—¡Y por ese temor habia yo de dejar de consolar á usted y de consolar á mi amiga? ¿Cree usted que yo sé querer á medias? No me separaré, si usted me lo permite, de la alcoba de Virginia; ese es mi deber, y además el deseo de mi corazon; aquí traeré mi bordado y trabajaré junto á su cabecera.

Juzgad, mis amados niños, de la gratitud con que oiria hablar así á Cármen la señora de Mendoza; abrazóla, llenàndola de caricias, y le dijo que, pues deseaba acompañar à su hija, no tendria que trabajar, y que ella se encargaba del cuidado de su madre.

—Permítame usted, señora, que rehuse para mi buena mamá los socorros de usted—repuso Cármen con dignidad—yo los estimo en lo mucho que valen; pero me sería muy sensible que debiese su subsistencia á otra persona que á mí

La señora de Mendoza no quiso insistir, porque sabía que habia muchos medios de socorrer la desgracia á pesar de todo, y Cármen fué á su

casa á buscar su labor y á pedir permiso á su madre para cuidar á su amiga.

Este le fué concedido con la mejor voluntad, y la amable niña se instalò á la cabecera del lecho de Virginia, á la que prodigò toda clase de atenciones.

Ella le daba de beber, procuraba que estuviera arropada, y cuando la dejaba libre la calentura, la entretenia con su conversacion amena y variada.

Fàcil es de comprender que el bordado adelantaria muy poco con estos cuidados; pero la señora de Mendoza halló un medio de que la mamá de Cármen aceptase una crecida suma.

Ninguna de las amigas de Virginia fué á verla ni una sola vez; unlase, para que así sucediese, el poco ó ningun afecto que les inspiraba, al temor del contagio de su enfermedad, y sólo Cármen y su buena madre ayudaron á la señora de Mendoza en la asistencia de su hija.

Un mes durò la enfermedad de Virginia; al cabo de este tiempo dejó el lecho, no sólo curada de las viruelas, sino tambien de sus muchos defectos; comprendió, por fin, que sólo la dulzura y la tolerancia nos pueden hacer estimables, y que es necesario, para que nos perdonen nuestras faltas, tener indulgencia para las demás; supo que no hay persona alguna insignificante en el mundo, y que la más pobre y oscura es tan excelente para amiga, como temible y perjudicial para contraria.

Virginia, penetrada de gratitud por la generosa conducta de Cármen, que habia despreciado

todo peligro para asistirla en su enfermedad, le profesó siempre el más tierno cariño, y cuando se casó aquella, la dotó generosamente.

Virginia no vivió siempre tan aislada como al principio de esta historia; todas sus anteriores detractoras tuvieron que convenir en su enmienda al ver que, de presumida, vanidosa y altanera, se habia convertido en dulce y modesta; que respetaba la dignidad de todos y que cuidaba de no humillar á nadie con sus alardes de grandeza y de lujo.

Ya no pasó sola más dias de su santo; las niñas de las señoras amigas de su mamá se hicieron verdaderas amigas suyas, y la obsequiaban todos los años con esos mil regalitos que valen poco, pero que tanto significan; sin embargo, cada dia de su santo se iba con Cármen á su cuarto, descubria una cestita de plata cubierta con un tul, y mostrándole un ramillete seco, la abrazaba con la más tierna efusion de cariño y gratitud.

FIN DE LA PRESUMIDA.

LOS DOS ROSALES.

Valentina é Isabel se amaban tiernamente cuando sólo tenian cinco ó seis años de edad; pero el trascurso del tiempo, desarrollando sus inclinaciones del todo diferentes, las fué separando, y una débil frialdad sustituyó al cariño con amargo pesar de la madre de ambas, la señora de Padilla, viuda y de salud delicada á causa de las repetidas penas que habian combatido su vida.

Su esposo, que fué militar, hobia perecido en campaña; y una corta pension, acompañada de mil pesares, era todo cuanto habia podido dejar à su viuda, muy jóven aún, muy bella; y que hubiera podido volverse à casar muy ventajosamente à no impedírselo el apasionado amor que profesaba á sus dos niñas, que entónces sólo contaban tres y cuatro años.

Valentina é Isabel eran en extremo lindas,

sobre todo la segunda, cuyo rostro y talle ofrecian un modelo acabado de perfeccion á la edad de diez años; su hermana, mucho más delgada, era morenita y pálida, de grandes ojos llenos de viveza y espesa cabellera oscura.

Valentina contaba un año más que Isabel: era activa, aseada, incansable en sus labores; se levantaba en todo tiempo muy temprano, se peinaba ella sola, ayudaba á una anciana criada que tenian en el arreglo de la casa, y luégo se sentaba á bordar ó coser con tanto afan como primor.

Isabel, por el contrario, se levantaba à las diez—despues de dar lugar á que se la llamara ocho ó diez veces—y apénas se vestia se sentaba en una silla y se estaba bostezando media hora; luégo empleaba otras dos en peinarse, y, por último, tardaba en cada comida doble tiempo que su mamà y su hermana.

Jamás se logró que supiese una sola de sus lecciones ni que por su propia inspiracion emprendiese el más leve trabajo: todo su placer consistia en no hacer nada; la molestaba hasta el andar, y no pocas veces hubo que despertarla, porque se habia acostado vestida por no tomarse el trabajo de desnudarse ántes de entregarse al sueño.

En una palabra, el defecto capital de Isabel era la indolencia, pero una indolencia que era el azote de todas sus buenas disposiciones, la sombra de todas sus recomendables cualidades, porque Isabel era caritativa, obediente y sincera.

Pero si la invencible pereza que la dominaba

constituia su único defecto, éste valia en cambio por otros muchos, pues la hacia objeto de odio para todos los que se la aproximaban: sus amigas le tenian asco, porque siempre llevaba las orejas llenas de pomada, porque jamás se lavaba las manos y porque su lindo cuello estaba tan lastimosamente ennegrecido por su incuria que habia perdido toda la gracia y suavidad de sus contornos.

Sus vestidos destrozados y manchados de tinta, su calzado torcido y sucio, su cabello desgreñado y grasiento, daban á Isabel el aspecto más desagradable del mundo.

Su madre procuraba que los trajes de más valor que podia comprar fuesen para ella, reservando los más baratos y sencillos para su hermana, cuya natural elegancia realzaba el más humilde atavío; pero de nada servia esta precaucion materna, injusta por otra parte, pues la pobre Valentina llevaba siempre lo peor para que su hermana echase á perder lo más costoso.

Sin embargo, Valentina, respetando los pesares de su madre, no se quejaba nunca, aunque era la primera en deplorar la indolencia de su hermana.

Habia en la misma ciudad en que vivia la señora de Padilla y sus hijas, una señora anciana, solterona y de costumbres muy raras; todos conocian á Doña Nemesia y todos sabian sus excentricidades.

Decian, por ejemplo, que se estaba en la cama hasta las tres de la tarde en todas las estaciones; pero que en su lecho, y vestida con una especie

de capa con mangas de seda, leia, rezaba y hacia calceta; cuando se levantaba, su camarera, que era tan vieja como ella, le ponia un rico traje, un pañolon con ramos de flores y una enorme papalina, rodeada de un velo de crespon negro, que le daba un aspecto muy original.

Doña Nemesia era muy astuta y vivia sola con dos criados ancianos, un cocinero y su camarera, porque decia que los amigos no sirven para nada más que para dar malos ratos; su confesor única persona á quien trataba, recibia de ella cada domingo una suma crecida para socorrer á los pobres de la parroquia; pero jamás queria saber sus miserias, porque decia que esto la afligia, y que ya hacia bastante con dar limosna, sín imponerfe mortificaciones voluntarias y que á nada conducian.

Todo el afecto, toda la ternura de que era capaz su corazon, estaban concretados en un perro dogo color de café y leche, hocico y los ojos negros, que se llamaba *Caballero.*

El tal perro era horrible; apénas podia andar de gordo, lo que era muy extraño á causa de su mal carácter; enseñaba todos los dias sus agudos dientes, no sólo al aguador y á la lavandera, sino tambien á cuantas personas pasaban por debajo del balcon cuando se hallaba sentado en él, tomando el fresco en las tardes de verano.

La señora de Padilla, que cada dia sufria mayo escasez en sus pocos haberes, hubo de cambiar su casa por otra de menos precio, y fué à ocupar uu cuartito en frente de la de doña Ne-

mesia, que le costaba muy barato por estar situado en una de las calles más solitarias.

El cuarto de la señora de Padilla tenia sólo dos ventanas: la una pertenecia à una salita que ella ocupaba; la otra á un aposento más pequeño, en el cual dormian las dos niñas.

Apénas instaladas en su nueva casa la viuda y sus dos hijas, doña Nemesia envió un recado con su anciana camarera, diciendo á la señora de Padilla que sus achaques no le permitian ir á visitarla; pero que podia disponer de su amistad como vecina, y que tendria mucho gusto en que le llevasen las niñas.

En efecto dos ó tres dias despues la señora de Padilla, que habia oido contar muchas ridiculeces de la solterona, pero cuyo carácter era conciliador y bueno, fué à verla con sus hijas.

Aquella examinò á las tres con curiosidad, les hizo mil preguntas, algunas de ellas bastante indiscretas, y reprendió ágriamente á Isabel por la incuria de su traje, ni más ni ménos que si hiciera mucho tiempo que la tratase; la niña se encogió de hombros con desden, se rió en las narices de la vieja de sus reprensiones, y para vengarse dió al salir un fuerte puntapié á *Caballero*; que se refugió aullando junto á su ama, la cual hizo —quizá por la primera vez de su vida tratándose de su perro—como que no reparaba en ello.

Pocos dias despues volvieron la madre y las dos hijas á ver á la anciana, que estaba todavía en la cama y leyendo en su libro de devociones.

A la puerta de la alcoba habia dos macetas de

loza verde, que contenian dos rosalitos muy pequeños.

—Niñas—dijo doña Nemesia—os he comprado esos dos rosales para que los cuideis, es un regalo que os hago.

Isabel hizo un gesto de desagrado; le era muy poco grato un regalo de aquella clase; el rostro de Valentina, por el contrario, expresó una viva alegría, pues siempre habia amado las flores con pasion.

—Ya veo que tuerces el gesto, niña—dijo doña Nemesia, que veia muy bien con sus ojillos grises hundidos—y que no te gusta el rosal.

—¡Señora!—respondió Isabel con acritud, pues aborreciá la anciana—¡usted todo lo quiere saber y todo le parece que lo entiende!

—¡Oh, es que yo te conozco ya mejor que tu madre!

—¡Enhorabuena! Pero yo no he desplegado los labios para decir una palabra, y lo que usted cree, no pasa de ser una figuracion suya.

—¿Fué figuracion mia tambien el puntapié que diste el otro dia á mi perro?

—Es que él queria morderme.

—Yo sabía, porque te advierto que yo todo lo sé, que eras peresoza y hasta sucia; pero desde hoy sé además que te van adornando nuevos vicios.

—¿Y cuales son esos vicios?—preguntó Isabel con acento provocador; pero con las mejillas encarnadas y con los ojos llenos de lágrimas de vergüenza y de ira.

—El de mentir y el de ser insolente.

—Y usted el de..

—¡Basta!—interrumpio á su hija la señora de Padilla—Ten presente, Isabel, que los mayores merecen respeto.

=Porque esta señora sea mayor que yo, ¿ha de tener derecho á insultarme?—prorrumpió la niña con voz sofocada por el llanto.

—Vaya, vaya, amiga mia, lleve usted à esa insolentilla á su casa, y déle usted un vaso de agua fria—dijo doña Nemesia con risa socarrona y que exasperó á Isabel hasta el último grado.

La señora de Padilla, culpando un poco en su interior la animadversion que la ansiaba parecia tener hàcia su hija menor, se levantó, en efecto, para retirarse.

—Estamos en Marzo—dijo Doña Nemesia—el 2 de Mayo es mi cumpleaños; la que de vosotras me presente el rosal con más rosas abiertas comèrá aquel dia conmigo.

—¡Vaya una recompensa!—murmuró Isabel con desprecio.

—Conque lo dicho—añadió Doña Nemesia—los rosalitos están recien plantados, y necesitan un cuidado incesante; si no se les riega cada dos ó tres dias y se les remueve la tierra no daràn rosas.

Valentina prometiò cuidarle; Isabel salió sin despedirse de la anciana.

—¿Vas amoscada, eh?—le gritó ésta con voz avria y chillona=pues, hija, peor para tí; no tendrás rosas para el mes de Mayo, ni comerás conmigo.

—¡Mejor, vieja cocora!—murmuró Isabel saliendo con ira de la habitacion.

Caballero la siguió gruñendo y enseñándole los dientes, porque participaba de la prevencion de su ama contra Isabel.

Cuando las niñas llegaron á su casa, su mamá reprendió á aquella fuertemente.

—Has faltado mucho á esa anciana—le dijo, y yo que sólo te creia perezosa, y que ya era con esta creencia sobrada desgracia, veo hoy que, como ella ha dicho, tienes tambien la falta de ser insolente.

—¿Pero no fué ella la que principió á insultarme, mamá?

Esa no es una razon para que tú la insultaras á tu vez; ella vió que recibias su regalo con desden, y es natural que se incomodara contigo.

—¡Bello regalo por cierto!

—Debemos agradecer todo lo que se nos da: la más leve expresion significa un recuerdo, y como este recuerdo es voluntario, demuestra afecto y bondad de corazon.

—Ella me dió el rosal por el gusto de que me incomodara cuidándole.

—¿Se lo daria con el mismo objeto á tu hermana?

—Yo no lo sé—dijo Valentina—lo que sí puedo asegurar es que lo he recibido con el mayor placer, y que lo cuidaré con cuanto esmero pueda.

—Ya lo oyes—dijo su madre—ya oyes á tu hermana: ella, hija mia, se hará amar de todos y

será dichosa, en tantó que tú serás siempre infeliz y desgraciada.

—Pero mamà—repuso Isabel—todos los caracteres no son iguales; á mi hermana le gustan las flores y á mí no; ¿qué culpa tengo yo de eso?

—Todas las niñas aman las flores, y si tú las miras con prevencion, es porque, ora se hallen cortadas y formando ramilletes en un vaso, ora estén en unas macetas, es preciso cuidarlas; pero aún dado el caso de que no te gustasen, debias aparentar lo contrario, al ménos por un deber de gratitud, de complacencia y hasta de buena educacion: yo te lo prevengo, Isabel—añadió su madre con un suspiro—si no enmiendas tu carácter egoista y displicente, vas á ser muy infeliz.

Al acabar de pronunciar estas palabras, llamaron á la puerta, y poco despues entró un criado de Doña Nemesia, trayendo los dos rosales. Valentina, con el tono amable que le era habitual, le rogò que los colocase en la ventana de su cuarto, y se acostó pensando en madrugar para regar el rosalito.

En efecto, al dia siguiente se levantó à las siete, y su primer cuidado fué abrir la ventana; ambos rosales estaban plantados de pocos dias, segun habia dicho Doña Nemesia; eran dos varitas, en las cuales apénas empezaban á brotar algunas hojas.

Valentina regó el suyo y luégo fué al lecho de su hermana.

—¡No te levantas?—le dijo moviéndola suavemente.

—No: tengo sueño—respondió Isabel volviéndose del otro lado.

—¿Y el rosal?

—¿Qué me importa á mí de él?

—¿No le quieres cuidar?

—No pienso incomodarme en eso ni un sólo dia.

—¿Quieres que le cuide yo?

—Haz lo que gustes.

Valentina volvió á abrir la ventana, y regó el rosal de su hermana con el mismo cuidado que el suyo.

Por su parte, Isabel, cuando se levantó del lecho, ni pensó en su maceta, ni en todo el dia la recordó siquiera.

Así pasaron algunos otros, y Doña Nemesia tenia fijos en la ventana de los niñas los ojos de su camarera, para saber, sin ningun género de duda, quién cuidaba del rosal y quién no.

Cada vez que su vetusta sirvienta le participaba que Valentina regaba los dos rosales, se sonreia con aire de inteligencia, como diciendo:

—Eso ya lo sabía yo.

Cinco ó seis dias pasaron así; hasta que una mañana le pareció á Valentina que la tierra de los rosales necesitaba, no sólo ser regada, ino tambien removida; fué, pues, á buscar un cuchillo viejo y de punta afilada, y ahuecó con el mayor cuidado la tierra del rosal de su hermana.

En seguida pasó á hacer lo mismo con el suyo. Al clavar en él el cuchillo, la oscura tierra saltó en pedazos como gozosa de que la hicieran perder su inmovilidad. Valentina socavaba con de

licadeza, y ya iba à terminar su tarea, cuando la punta del cuchillo tropezó con un objeto duro y extraño.

Valentina creyó al pronto que sería una piedrecilla; pero luégo que volvió á tocar dos ó tres veces, se convenció de que aquel obstáculo tenia más volúmen del que habia pensado.

Curiosa por saber lo que era, lo desenvolvió poco á poco y sacó de entre la húmeda tierra una bolsita de tela impermeable, cuidadosamente cerrada por unos cordones de seda.

Valentina la abrió con presteza, y ¡cuál fué su sorpresa al ver su contenido!

Un rico collar de gruesas perlas, cerrado con un broche de oro, saliò del saquito y se suspendió de los afilados dedos de la niña; ésta, absorta, quedò por algunos momentos inmòvil, contemplando la espléndida joya; pero vuelta en sí de su asombro, echó á correr en busca de su madre dando gritos de alegría.

—Es una suntuosa alhaja—dijo la señora de Padilla—pero ahora mismo, hija mia, es forzoso que vayamos á dar parte á Doña Nemesia de tu hallazgo; ella dió sólo una maceta con un rosal, y ese collar es suyo.

En efecto, madre é hija se dispusieron á pasar á casa de su vecina, é Isabel, que hacia más de hora y media que se estaba vistiendo para levantarse con la lentitud que le era habitual, y que habia sentido no poca envidia con el hallazgo de su hermana, quiso tambien acompañarlas.

Eran cerca de las once de la mañana, y Doña Nemesia estaba aùn en el lecho, vestida con su

capa de seda, y adornada con su papalina de tul y su velo de crespon.

—Señora—dijo la madre de Valentina—mi hija, removiendo esta mañana la tierra de la maceta que usted ha tenido la bondad de regalarle, se ha encontrado esta rica joya que yo, con ella, vengo á poner en manos de usted.

—¡Cuál de sus dos hijas de usted ha sido!—preguntó Doña Eenesia.

—Valentina—respondió la señora de Padilla.

—Ya me presumia yo que sería ésta—repuso la anciana con su burlona sonrisa. ¿Y en cuál de las dos macetas se la encontró?

—En la mia—contestó modestamente Valentina.

—Es decir, hija mia, en la que has puesto á la derecha de la ventana y llamas tuya, ¿no es verdad? porque yo, desde esta cama, te veo cuidar los dos.

—Isabel tambien cuida la suya—murmuró Valentina.

—El mentir es una grave falta, y más el mentir sin necesidad—repuso gravemente la anciana—no lo hagas más, y ahora volvamos al collar; yo, queridas mias, os dí dos macetas con lo que contenian; ignoraba la existencia de esa rica joya en una de ellas; mas toda vez que Valentina se la encontrado, tanto mejor para ella; el collar es suyo.

—¡Pero, señora!—exclamó la madre de las niñas.

—Nada, nada, lo dicho: ese collar es de Va-

lentina; no hay que tener cuidado que, por mullir la cama á su rosal, se halle otro Isabel.

La señora de Padilla, aunque dolorosamente afectada por ver la mortificacion de su hija menor, no pudo ménos de agradecer á aquella extraordinaria anciana tan rica dádiva; pero ésta interrumpió sus palabras diciéndole con bastante aspereza:

—Bien, bien: no admito gracias; yo no tenia noticia alguna de ese collar, que, dicho sea de paso, vale muy bien 2,000 duros; pero Valentina se lo ha encontrado, y por lo tanto, á ella le pertenece.

Madre é hijas se volvieron á su casa.

—¡No sé cómo no te mueres de pena al ver lo que te sucede!—dijo aquella á Isabel—¿no te avergüenza el mal concepto en que te tiene esa señora?

—¡Porque no mimo y revuelvo la maceta? Bueno, por eso no quedará. Desde hoy imitaré á mi hermana.

—Bien, pero ahora ya no es el móvil de tu cuidado el deseo de complacer á Doña Nemesia, sino el afan de ver si hallas otro collar.

Isabel se ruborizó oyendo las palabras de su madre, que, como todas las madres, sabia leer en el corazon de sus hijas; efectivamente, habia cruzado por su imaginacion el pensamiento de que quizá habria en la otra maceta un collar igual.

Tomó, pues, el cuchillo, y se puso á remover la tierra de su rosal que estaba ménos adelantado que el de su hermana; pues ésta atendia, como era muy justo, con preferencia al suyo.

Bien pronto una expresion de júbilo animó sus ojos: habia tropezado con un objeto extraño, que se apresurò à desenvolver.

Mas ¡oh cielo! sacado à la superficie con todo el cuidado posible, se halló con una piedra, grande y dura como su desengaño.

Irritada Isabel, removió con furor la tierra en todas direcciones; pero nada consiguió más que dejar muy mal parada, con sus estrujones, la débil y tierna varita del rosal.

Dos ó tres pimpollos verdes, de esos que brotan pequeños y tiernos para desplegarse despues en hermosas hojas, fueron cortados, ó arrancados más bien, en uno de sus iracundos movimientos.

Llorosa y confundida permanecia aún delante de la piedra que habia arrojado con ira en el alféizar de la ventana, cuando entró su madre en el aposento.

—Dios ha castigado tu envidia y tu egoismo —le dijo severamente—no has conseguido otra cosa con tus esfuerzos que lastimar el rosal, que seguramente morirá sin dar hojas siquiera; tu hermana queria cuidarlo únicamente, y su trabajo y su buena fé fueron recompensados con una hermosa joya: tú has querida sólo hallar ótra alhaja, y has hecho al rosal un daño quizá irremediable.

—¿Qué me importa?—exclamò Isabel llorando de ira—esa vieja ridícula y loca se conoce que me ha tomado por juguete suyo.

—*No lo creo yo así en verdad*—respondió su madre—es una señora retirada del mundo y algo

excéntrica, pero nada tiene de loca ni de ridícula; ¿quién sabe si ella desea corregirte de tus defectos y remediar la escasez de nuestra fortuna? ¿Quién sabe si su caridad toma las formas de una diversion para no afender nuestra delicadeza? No es justo zaherir á quien no nos hace daño, y Doña Nemesia, hija mia, sólo desea tu bien.

Algunos dias despues de esta conversacion el rosal de Valentina habia desplegado ya cuatro hojitas, muy pequeñas, sí, pero que prometian crecer rápidamente merced al incansable cuidado de su jòven ama.

Esta le colocaba siempre donde le diesen los primeros rayos del sol; despues le ponia junto á una de las paredes del gabinete, para que aprovechase los últimos, que ya no alcanzaban á la ventana; le regaba con el mayor cuidado, y se pasaba largas horas contemplándole cruzada de brazos en el antepecho.

Valentina era dichosa con su rosal, y trabajaba más aprisa para que le quedase un ratito, á fin de estar junto á él.

Entretanto, la pereza de su hermana, su dejadez, su desaseo crecian de dia en dia, aumentando el disgusto de su buena mamá, que no podia ver con indiferencia las faltas de Isabel.

No obstante, aquella distaba mucho de ser perversa; al comparar la pobre varita de su rosal, mustia, amarillenta y desnuda de hojas, con la de su hermana, que ya se cubria de verdor, su corazon se entristecia: pero ni por un solo instante se le ocurrió la idea de causar daño á aquella hermosa

planta, que crecía como insultando la mortal languidez de la suya.

—Aun pudiera revivir tu rosal—le decía un dia Valentina viendo con pena á Isabel mirar las dos macetas tan diferentes entre sí.

La indolente meció con desaliento la cabeza.

—Falta un mes—decia Valentina—y en esta hermosa y templada estacion un mes es mucho. ¿Por qué no le riegas y le ahuecas la tierra en derredor?

—¿Y para qué?

—Quizà llegarás á verle verde y lozano; ¿es posible que te hayas desanimado tan pronto?

—Si no es que me desanime; pero ¿qué ventaja ó qué perjuicio nos puede traer el que presentemos flores abiertas el dia de su cumpleaños á esa vieja, ó le presentemos los rosales secos?

—No digo, hermana mia, que medie en eso ningun interés real y verdadero; ¿pero no hallas gusto en complacer á los demàs?

—Cuando esto ha de costarme algun trabajo, no.

—¡Ah, hermana mia, te compadezco, pues!—exclamó Valentina tomando su cuchillo para ahuecar la tierra en torno del rosal.

Luégo que hubo concluido esta operacion con el suyo, quiso practicarla con el de su hermana.

—Voy á ver, dijo, si consigo mejorar esta pobre planta, porque me da pena verla así. ¡Qué tierra tan seca! ¡Ah, mira, mira el mio, cómo parece que se hermosea con mis cuidados! ¡Cualquiera diria que se envanece con el agua y con que yo haya mullido su lecho de tierra! Isabel, las plan-

tas sienten tambien, y se engalanan para complacer á quien las ama y las cuida.

Miéntras hablaba así, la encantadora Valentina removia en derredor del rosal la tierra con la punta del cuchillo, miéntras Isabel, respaldada con indolencia en una silla, mecia las piernas mirando á su hermana.

Un movimiento de sorpresa de ésta la hizo levantarse apresurada.

—¿Qué es?—preguntó ansiosamente.

—¡Dios mio!. . . .¡Me parece que noto aquí debajo del cuchillo algo duro!. . . .¡Sí, sì. . . .¡Cómo la otra vez!. . . .

Y Valentina, asombrada, apartó la menuda tierra y sacó de la maceta de su hermana una bolsita de tela impermeable, del todo igual á la que habia hallado en la suya.

—Cielos!—exclamó Isabel pálida y conmovida.—¡Esto es incomprensible! Yo revolví toda la tierra muchas veces y no encontré más que una piedra.

Y la niña, al decir estas palabras, miró por casualidad á la ventana de enfrente, que era la del gabinete de doña Nemesia.

Entónces un subido carmin reemplazó la palidez de sus mejillas; tras de las cortinillas estaba, burlon y amarillento, el flaco rostro de doña Nemesia.

Mientras tanto, Valentina corria los cordoncillos de seda del saquito hallado en la maceta de su hermana, y daba vuelta entre sus dedos á una cosa muy semejante al collar de perlas que ella habia encontrado en la suya.

Era, con efecto, otro collar, pero de esmeradas, que brillaban á los rayos del sol de la tarde con los más ricos cambiantes.

Aquella joya valia más que la anterior; las piedras eran gruesas, límpidas, hermosas, y parecian reflejar en su color las tiernas hojitas del rosal de Valentina, que se mecian al soplo de la templada brisa de Abril.

—¡Oh, qué hermosa alhaja!—exclamó Valentina dando gritos de alegría;—ven—añadió despues;—esta será para tí, porque dirémos á mamá que la has encontrado en tu maceta; lo mismo tiene que la hayamos encontrado la una que la otra.

—Eso no podemos decirlo—repuso Isabel tristemente.

—¿Que no?

—¡Imposible, hermana mia!—¡Imposible!

—Peró, ¿por qué?

—¡Mira!

Isabel señalò à su hermana la angulosa figura de doña Nemesia, que las contemplaba con su eterna y burlona sonrisa.

—¡Es cierto! ¡Nos han visto—murmuró Valentina; vamos, sin embargo, á dar esto á mamá.

Las dos niñas pasaron á la sala inmediata, donde se hallaba su madre; mas al mismo tiempo que ellas salian por la puerta del gabinete, entraba por la de la antesala una criada, trayendo una carta en la mano.

—De parte de doña Nemesia—dijo presentándola á su ama!

Esta la abrió y leyó lo que sigue:

«Valentina acaba de hallarse, cuidando del rosal de su indolente hermana, un rico collar de esmeraldas con broche de lo mismo es suyo, pues, y ruega á usted que se lo guarde, como el de perlas, su servidora

NEMESIA PEREZ.»

—Esto es incomprensible!—murmuró la señora de Padilla.—¡Mi anciana vecina tiene un proyecto que yo no alcanzo á adivinar! ¡Qué extraño enigma envuelve esa mujer! ¡Ah, mi corazon de madre me dice que Isabel pierde mucho por su carácter indolente y egoista!

Despues examinó el collar, que era de una riqueza maravillosa: el engaste, hecho en oro, era admirable y riquísimo, y no podia dudarse de que su valor excedia al del de perlas.

La señora de Padilla lo guardó en un *necessaire* con el otro hallazgo; sus atenciones crecian de dia en dia y eran cada vez más apremiantes, y sin embargo, allí tenia un tesoro en joyas; mas por nada en el mundo se hubiera resuelto á tocarlas hasta no ver llegar el dia 2 de Mayo, anhelado por ella mucho más que por Valentina.

Llegó aquel por fin; desde hacia ocho dias el rosal de la mayor de las dos niñas estaba lleno de capullos, que pugnaban por desplegar su rosado seno, opreso entre sus hojas; mas el dia primero el más grande rompió sus prisiones y se desplegó fresco y hermoso, destacándose entre el menudo verdor de su ramaje.

El dia 2 por la mañana se habia convertido en una galana y perfumada rosa.

No hay que decir que al alba ya estaba Valentina en pié delante del rosal, contemplándole arrobada y dando gracias á Dios con alegría.

Poco despues la anciana sirvienta tomò las dos macetas y pasó con ellas á casa de doña Nemesia.

En vano quiso Isabel oponerse á que llevasen su rosal, seco, muerto por su inoúria y por las heridas que le causó en su afan de buscar: su madre fué inflexible, y las dos macetas fueron colocadas frente al lechó de la anciana.

—Niñas—dijo ésta—esas plantas son las imágenes de vuestros caracteres, y lo son tambien de vuestra existencia; eso rosal cuidado ha producido una hermosa flor y promete otras muchas: es la imágen de Valentina, que será siempre útil y amada: esa planta yerta, seca, helada, es la imágen de Isabel, que jamàs valdrá ni aun para sì misma: Valentina ha hallado la riqueza en el fondo de ambas macetas, porque Dios recompensa el trabajo y la laboriosidad; su hermana encontró sólo una piedra, ingrata y dura como ella; yo coloqué las dos joyas en esas macetas, y las dos ha querido Dios que sean de la activa y generosa Valentina.

Al acabar de pronunciar estas palabras, la anciana se volvió, sacó un cofrecito de plata, primorosamente sincelado, de debajo de sus almohadas, y se lo dió á la señora de Padilla, añadiendo:

—Ahí hay 25,000 duros, que son el dote de Valentina: póngalos usted à interés y le proporcionarán una renta con la cual podrá usted vivir cómodamente con Isabel; esa es la recompensa

que yo doy á la rosa que esa niña me ofrece y ha criado para mí; ella es como el postrer aroma que viene á alegrar mi ancianidad y á recrear el último dia de mi cumpleaños, porque muy pronto dormiré en el sepulcro; pero entretanto llega la hora de comparecer ante Dios, déjeme usted, amiga mia, la compañía de Valentina y dedíquese sólo á cambiar la índole de Isabel.

La señora de Padilla hizo un signo de asentimiento, pues la gratitud hácia la generosa ancia ua embargaba su voz.

—Hija mia—añadiò Doña Nemesia con un acento tan dulce que dejò á todos admirados—hija mia, sólo te pido me cuides con el mismo esmero que á tu rosal, y sé que lo harás, porque la que se dolia del abandono de una planta, se compadecerá mejor de una pobre enferma. . . .

. . . . . .

Un año despues, y el dia 2 de Mayo, una hermosa niña oraba arrodillada ante un nicho recien cerrado en un cementerio.

Delante de la losa funeraria una maceta de loza verde ostentaba un frondoso rosal, lleno de rosas y capullos que se querian abrir como para saludar los restos de una de las mujeres más excéntricas, pero más caritativas que han existido jamás.

La niña vestia luto y lloraba; era Valentina, la suave, la dulce Valentina.

Su madre, tambien vestida de luto, rezaba como ella.

Isabel, que estaba monstruosamente gruesa y muy fea, se habia quedado durmiendo la siesta.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA MEXICO

FIN DE LOS DOS ROJALES Y DE LA COLECCION,

INDICE.

	Páginas.
Introducción	3
El vestido de baile	15
Las dos amigas	31
El carpintero	53
Los premios	73
La prenunida	95
Los dos rosales	115